

REPETTO & BOMPADRE

Caso Telén



Repetto & Bompadre

Caso Telén



En un lugar de La Pampa ocurrió un hecho fabuloso. Un grupo de ladrones copó un pueblo para robar dos bancos imposibles: uno cerrado y el otro quebrado hace más de ochenta años. Huyeron a tiro limpio y fueron recogidos en alguna cruz del camino por un pequeño helicóptero que terminaría yéndose a pique. Eso cuenta la versión oficial.

Pero las cosas no son tan sencillas como parecen. En la mesa de un bar, un cuarteto de hombres poderosos, seguido de cerca por un viejo bolichero, trata de descubrir, acaso jugando, qué se esconde detrás de ese robo aparentemente fallido. Amores, socios peligrosos, personajes innombrables, rencores, una mujer hermosa, voces que van y vienen. Todo eso se conjuga para desentrañar qué hay detrás del Caso Telén.

Un pueblo, dos bancos y varios ladrones. Golpes, gritos, amenazas. Tiros, corridas. Es simple, es obvio: un asalto, un robo. ¿Es simple? ¿Es obvio?



Caso Telén



Diseño: Editorial Voces

Cumplido con lo que marca la ley 11.723

Fondo Editorial Cooperativo - Editorial Voces
Raúl B. Díaz 218 - CP L6302BIO
SANTA ROSA - La Pampa - Argentina

Repetto & Bompadre

Caso Telén

a Reda, por la literatura

a Balbo, por el dato

ADVERTENCIA

todos los personajes reales están usados de manera ficcional

Entender es volver a narrar.

M. G.

El pueblo tuvo su época de esplendor y casi nadie recuerda hoy cuando la Colonia amenazaba convertirse en la Chicago pampeana. Se esconde de la mirada ajena y se oculta en esa hondonada seca como un pellejo. El cielo está lejos y el viento gruñe, rencoroso, entre los pocos árboles. Nada hay que se destaque. Como si cobraran impuestos después de cierta altura, la chatura lo aplasta en una siesta desteñida.

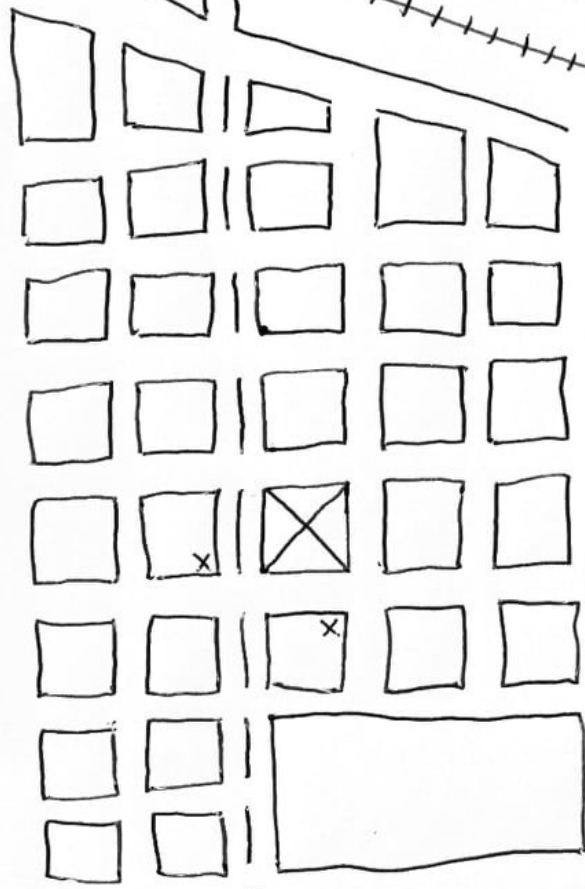
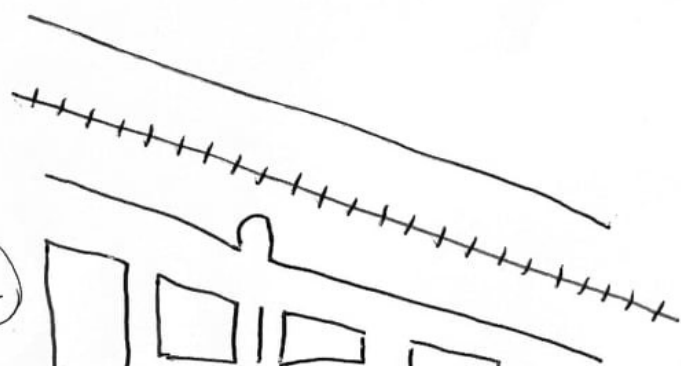
Calles limpias, canteros prolijos y mutilados los árboles de las veredas. Los mismos gestos de abuelos a nietos, el glorioso Deportivo y el empleo municipal o la ruta como única salida. Dan ganas de balearse en un rincón; algunos lo han hecho.

Apostó fuerte, hace un siglo. Pero le hicieron morder el polvo y tuvo que crecer —un decir— a la sombra de los verdugos, sus vecinos. Todos los días sigue lamiendo esa misma tierra pisoteada, resignado. A veces, cuando piensa en los años de la Colonia, un brillo rebota por sus calles deslucidas.

El sueño de la razón engendra monstruos y el aburrimiento de la siesta es una fábrica de chismes. El pueblo es un animal guacho, con lenguas que repiten cientos de

historias, tantas que parecen una sola y no hay manera de distinguirlas. La voz que acusa, el dedo que señala, un ojo que espía, el juez implacable que dictamina memorias y olvidos. Esto es el pueblo. Un animal herido. Los tipos que doblan cinematográficamente la esquina deberían saberlo.

2



ESPAÑA

CAPDEVILLE

BELGRAND

SAN MARTÍN

personajes

Todos nosotros, los notables, los que tenemos derecho a jugar al póker en el Club Progreso y a dibujar iniciales con entumecida vanidad al pie de las cuentas por copas o comidas en el Plaza. Todos nosotros sabemos cómo es un entierro en Santa María. Algunos fuimos, en su oportunidad, el mejor amigo de la familia; se nos ofreció el privilegio de ver la cosa desde un principio y, además, el privilegio de iniciarla.

Para una tumba sin nombre

JUAN CARLOS ONETTI

Alfonso Capdeville

Alphonse Marie Capdeville nació en Claussun, Landas, en el sudoeste francés, el 6 de octubre de 1854. La sólida posición económica de una familia de comerciantes le permitió tener una excelente educación. No queda claro qué lo motiva a partir, pero en 1877 llega a la Argentina, tras un breve paso por Montevideo, donde estuvo vinculado a Masurel Fils, una firma exportadora de lanas. En esos primeros años hace de todo: jornalero, vendedor ambulante, maestro, acaso participe en alguna actividad al filo de la ley.

En 1882 lo tenemos en la Pampa Central como administrador de 30 mil hectáreas en la zona de Epu-Pel, cerca de General Acha; había conseguido una concesión para criar vacas y ovejas. Alfonso es un joven inquieto y ahí tampoco aguantará demasiado. Hacia fines de la década se instala en Victorica, enviado por La Ganadera Nacional S.A. para manejar 80 mil hectáreas. Apenas llega, se presenta ante las autoridades y entrega dos papeles: uno lo habilita para administrar esas tierras; el otro indica, ante el estupor de los presentes, que el lugar donde está asentado el pueblo le pertenece. Lo repite para dejarlo claro. Una ofensa cara, aunque tendrán que esperar para cobrársela.

A pesar de la provocación, lo eligen para presidir la comuna una y otra vez. Es el hombre fuerte de la zona, trae inversiones, brazos y adelantos tecnológicos. Pero no deja de exigir, de advertir que esas tierras son suyas. La situación se vuelve insostenible, disparatada. Acostumbrado a criar ovejas, habrá pensado que todos eran mansos. Se equivoca, no lo son, no en el lejano oeste: el sábado 28 de enero de 1899, un grupo de vecinos acaudillados por el ex-capitán del Ejército Adolfo Corbalán lo enfrenta a balazos hasta obligarlo a conferenciar. No les alcanza con tomar el municipio, días después intentarán matarlo.

No saben, no pueden saberlo aún: con esa afrenta comenzaba la ruina del pueblo.

La Gendarmería llega para restablecer el orden y Capdeville regresa, ufano, al lugar que le corresponde. Ya no es el mismo. Apenas se sienta en el sillón de mando, mientras oye excusas y perdones, como una letanía, ha tomado una decisión: levantará un pueblo dos leguas al oeste, en esa hondonada que compró por nada y dedicará el resto de su vida a arruinarlos.

Fundada con el siglo, en pocos años la Colonia es una de las localidades más pujantes de la Pampa Central. Sus talleres cuentan con un aserradero a vapor, fábrica de adoquines, tejidos metálicos y carruajes. Será la primera con luz eléctrica, tendrá telégrafo, fábrica de hielo y bebidas gaseosas y hasta un tranvía tirado por bueyes. Además de sus explotaciones ganaderas, Capdeville controla la venta de postes, varillas y leña. Realiza viajes anuales a Francia en busca de inversores y tecnología y para vender los productos de la Colonia francesa.

No es el único, muchos lo siguieron desde Victorica y otros llegaban desde Francia, atraídos por las noticias alentadoras.

Su casa de la lomada y un catalejo le permitían controlar animales y peones y adelantarse a las pesquisas policiales que venían a detenerlo cada tanto por abigeato y falsificación de marcas. Cuando veía la columna de polvo en el Camino Viejo, aprovechaba esta ventaja para escaparse a Toay, llegar a Naicó en una zorra, tomar el tren a Bahía Blanca y de ahí en vapor hasta Buenos Aires, a llevarle en persona las quejas a su amigo Carlos Pellegrini, mano derecha del presidente Roca.

La venganza de Capdeville no dura mucho. Los negocios ya no rinden y don Alfonso busca otros horizontes: en agosto de 1910 compra 350 mil hectáreas entre los ríos Diamante y Atuel, al pie de la cordillera. En poco tiempo, la estancia El Sosneado contará con cultivos, frutales, hortalizas y forestaciones. Se construirán edificios para el personal, correo y telégrafos, proveeduría, depósitos, talleres y una usina hidráulica que proveía luz eléctrica; se alambrarán 280 km para cuidar alrededor de 8.000 ovejas, 300 caballos, 300 mulas y 1.500 vacunos.

Capdeville no abandonará el pueblo hasta el 14. Con la Gran Guerra, la mayoría de los colonos se vuelven a Francia a luchar por la patria. La venganza llega a su fin: partirá hacia Mendoza en un Panhard Levassor de 25 caballos, todo un aventurero. Tal vez se hubiese quedado de haber sabido que El Sosneado estaba maldito: pilotos caídos a pique, contrabandistas congelados, desastres mineros, accidentes militares, el misterioso abandono del Hotel

de Termas y el siniestro de un avión con deportistas uruguayos que terminarían comiéndose entre ellos.

Acorralado por las deudas y los fantasmas, se vuela la cabeza. El Triángulo de El Sosneado se cobraba su primera víctima aquel lunes 26 de enero de 1920.

Tenía apenas sesenta y cinco años. Parecía centenario.

Pibe: ¿Alguno trajeo mate?

Chofer: No vamos de paseo.

Pibe: ¿Cuál es el problema en tomar unos mates? A mí me gusta cebar, si es por eso.

Ñato: ¿No serás uruguayo?

Pibe: No sabía que tenías sentido del humor. No te da el perfil con esa ñata.

Ñato: Muchas cosas no sabés de mí.

Pibe: Cuánto misterio. Miren que tenemos para largo, mejor nos calmamos un poco.

Ñato: Difícil, este auto es una lata de sardina. ¿Quién fue el genio?

Chofer: El que maneja soy yo, el auto lo consigo yo. ¿Quedó claro?

Ñato: No te calentés.

Chofer: No estamos de vacaciones.

Pibe: Qué carácter. Parecés mi suegro.

Flaco: ¿Estás casado? Qué suerte...

Pibe: Puro quilombo.

Flaco: ... que alguna te dio bola.

Pibe: Sos rápido.

Flaco: ¿No tenías ganas de calmarte?

Chofer: Espero que seas igual de rápido cuando llegemos.

Ernesto Blenginni

Blenginni es el mayor de los Notables, y se percibe en el trato. Cierta distancia, algún gesto, pequeños detalles que los demás consienten por respeto o costumbre. Metro noventa, robusto todavía. Si no fuera quien es, también impondría medida o distancia. No es fácil establecerle una edad precisa; el pelo tupido y oscuro, la piel morena y esos ojos profundos desconciertan al foráneo. Sin embargo, nadie criado en la zona ignora que Blenginni, para desazón de su padre Eduardo, nació el 17 de octubre del 45.

Dicen los taimados que las contracciones de doña Catalina empezaron temprano, la madrugada del miércoles, con las primeras columnas que partían de Berisso, Avellaneda, La Boca... pero su marido tenía otras preocupaciones y permanecía atento a la radio. Jamás lo habían visto así de inquieto. Con el correr del día el desconcierto se fue pareciendo a otra cosa, eso que los hombres solo reconocen ante el espejo. Hasta la tarde Blenginni padre había estado, con otros, pidiendo cárcel o paredón para el Coronel y esa negrada desagradecida, tanto en el Comité como en el Social, aunque luego cedió, convencido de que la suerte del parto iría unida a la de Perón. En los pueblos chicos casi no hubo desmanes y la jornada servi-

ría para que los señores ajustaran cuentas años después, cáncer mediante.

No son muchos los que recuerdan a Ernesto Blenginni sin barba. Para eso hay que hacer memoria. Dicen que se la dejó para olvidar una humillación de juventud, con gente de pocas palabras y peor paciencia. Al parecer, Blenginni padre lo vio venir y entendió que por las buenas no iba a aprender y le soltó la mano. A partir de ahí los detalles se ramifican, según el humor del confidente: que unos rebencazos a calzón quitado y una navaja bastaron; que no, que fue necesario recurrir al fuego; o que el castigo se desmadró y lo que pasó ya nadie se anima ni a imaginarlo. Otros comentan que fue por una mujer, y hasta se oyó la palabra duelo, pesada y solemne. Es posible, ya de pibe Blenginni estaba crecido para su edad y las que entienden en la materia dicen que no tenía mal porte. Se sabe que en el colegio las madres lo miraban un rato más del que permite el decoro, con un cariño reservado para el destierro de las siestas. Los menos murmuran que fue un asunto de la colimba: un accidente con un fusil o un baile que no terminó bien o un desplante a un sargento bravo, una confusión por el estilo, porque no hubo testigos de la zona. Lo único cierto es que un verano volvió con una barba cerrada y más hosco. No tuvo que esperar para que un parroquiano le soltara una gracia y el pueblo aprendiera cuántos pares son tres botas. El chisme duró poco y ya nadie siente necesidad de recordarlo.

Muchos aseguran tener un pariente que participó en el velorio de don Alfonso; solo un puñado que su abuelo desfiló, orgulloso, cajón al hombro, mentón firme y la mi-

rada precisa, más preocupado por la pericia del fotógrafo enviado desde la Capital, aquel polvoriento y corto otoño del 21, que por el pedazo de historia que llevaban a reposar. Para mediados de siglo, los Blenginni son una familia pujante y respetada y no hay institución o comisión de fomento que no tenga a la cabeza uno de los suyos. Biblioteca, Club, Asilo... Se podría decir que es una de las primeras familias patricias, si el adjetivo fuera adecuado para un pueblo que recién asoma el hocico.

De su época de juventud no se sabe demasiado. Varios años estudiando sin escándalos dignos de recuerdo. Una vez recibido de contador, trabajó en el Centro Cívico, de la mano de un ministro, pero regresó al pueblo y se casó con Ana, la ahijada mimada de don Eduardo. Algunos, con la malicia necesaria, creyeron ver una venganza, un golpe certero al padre que no lo quiso proteger, porque hasta el pedido de mano apenas se saludaban en la calle o cruzaban tres palabras en las fiestas. Malicia o no, la noche del casamiento don Eduardo mandó de plantón unos peones a la salida del pueblo, por si el chiste fuera demasiado lejos.

Paciente, Blenginni empezó a manejar los números, los negocios de la familia, de los amigos, de los que pisan fuerte. Nombres, fechas y otros datos amontonó desde los primeros años, decidido. Nadie escapó a sus consejos y tutela. Y cuando asomaron las primeras denuncias, a los que patalearon se las cobró caro, con intereses.

Flaco: ¿Pibes tenés?

Pibe: No voy a caer dos veces. Buscate otro.

Flaco: Tranquilo, che. ¿No querías hablar un rato para matar el tiempo? Me parece que deberíamos bajar un cambio.

Pibe: Tengo dos. La piel de Judas son. Lástima que nos sacaron las billeteras, si no les mostraba una foto.

Ñato: No hace falta, son todos iguales de chiquitos.

Flaco: No siempre.

Ñato: Todos iguales.

Flaco: Algunos son peores. Aprovechá ahora, después se complica.

Pibe: ¿Tenés experiencia?

Flaco: A los chiquitos los arreglás con cualquier pavada, les das una chuchería y son lo más feliz del mundo. Después crecen y nada les viene bien.

Ñato: Como las minas.

Pibe: ¿Por qué como las minas?

Flaco: Curioso el Pibe.

Ñato: Como las minas.

Augusto Zaldívar

Augusto Zaldívar es un hombre grande para su edad, las canas no disimulan que ha sido morocho; un poco aindiado, de brazos fuertes, ronda los ochenta años. Es un hombre rencoroso, motivos tendrá, aunque a esta altura eso a nadie interesa. Se sabe viejo y acabado; es tiempo de ir cerrando ciertas cuentas que vienen de muy atrás. Seguro exagera, no sería la primera vez, pero algo de cierto hay porque al viejo se lo ha visto inquieto últimamente, un leve vaivén que varios confunden con su añoranza del mar.

Zaldívar nació a las afueras del pueblo, en unos toldos casi. Andaría amagando los primeros pasos cuando repatriaron al Fundador en el 21 y lo enterraron con pompas y bronca, porque había dejado un tendal que pocos pudieron levantar. El Fundador, rabiaban entre dientes cuando pasaba el carromato disfrazado de coche fúnebre.

Para el Centenario, meses atrás, las familias revolviéron roperos, desempolvaron valijas, recuperaron cajas de sótanos y altillos y mostraron a los jóvenes cómo era el pueblo en sus primeros años, cómo lucían los bisabuelos. Alguien aconsejó armar las historias por familias para exhibirlas en los comercios, y la idea entusiasmó a propios y ajenos. Pronto se vio el error. Lo que sabían un puñado

de arrugadas comadronas quedó a la vista de todo el que quiso ver.

Las fotos todavía se pueden mirar porque varios siguen sin reclamarlas. En una aparece Zaldívar en brazos de su madre. En primer plano, las fuerzas vivas: los Rebollo, los Ares Bustello, los Blenginni, los Lemmes, los Fontán, los O'Kenney, los de la Torre; atrás, respetando las distancias, los vecinos: comerciantes y pequeños propietarios; al fondo, tímidos, incrédulos acaso, las sirvientas, los hacheros, la peonada, y, entre ellos, doña Juana con un bebé en brazos.

Las fotos casi nunca mienten.

Zaldívar también tiene una copia enmarcada, no tanto por nostalgia sino para mantener de pie aquella deuda: don Alfonso, el patrón, le prometió a su madre que no había nada más seguro que colocar el sueldo en el Banco de Crédito Rural que acababa de fundar, que era mucha plata para una chinita cama adentro, que lo mejor era ahorrar unos pesos para comprar un solar que él le vendería bien barato cuando se decidiera a levantar la casita.

Su madre, Juana Cabral, nació con la Revolución, en los días que siguieron a la insurrección. Era nieta de una cautiva, repetía de grande con la ayuda de un anís dudoso. En una de las fotos que aparecieron hace poco se lo pudo comprobar: a pesar del cartón apolillado, se notan unos ojos claros, de esos que bajaron de los barcos. Le gustaba recordar una leyenda familiar, de cuando el coronel Mansilla, ese toro, llegó a Leuvucó en el otoño del 70 reclamando para desayunar una tortilla con huevos de avestruz. Al parecer, la encargada de atenderlo fue aquella cautiva, con

quien mantuvo largas charlas, pero que al final se negó a volver, por vergüenza, por los hijos o porque ya no había lugar para gente como ella.

Del padre se sabe menos. Comentaron, en su momento, que un señorito se aprovechaba de la Juanita y que ya la habían hecho abortar un par de veces. Cansada, habrá querido tener algo propio que cuidar, que querer, y aprovechó la oportunidad. Sería a fines de la década, poco antes de que Capdeville se desgraciara, cuando anduvo por el pueblo un viajante, un tal Zaldívar, medio moreno, muy entrador, pavoneándose en el Hotel, en el Club, donde fuera. Estuvo apenas más de un mes, se dio con todos y no se le negó la entrada en las casas principales. Una mañana lo encontraron muerto en un zanjón, la sonrisa atravesada. Esa fue la oportunidad que Juana no desaprovechó: se vistió de negro y derramó un llanto delator. Cuando le exigieron explicaciones, negó tajante, verosímil hasta el final.

Augusto Zaldívar vive tranquilo en un ranchito de las afueras. La gente lo tiene por un misántropo, un tipo raro. Cuando algún viejo cuenta que fue cuatrero o bandolero, que dio la vuelta al mundo, que estuvo preso, lo miran con sorna y lo dejan terminar, porque a todos nos gustan los cuentos.

Sería el 35 o 36 cuando se fue del pueblo, y no le hizo asco a nada: hachar, estibar, cinchar... En un fogón o boliche de campaña, la gente mayor hablaba de temas serios y al joven Zaldívar le gustaron las palabras que escupía uno tirando a rubio, ojos celestes, pañuelo vistoso. Decía que en algunos lados sobraba lo que faltaba en otros, que no estaba bien romperse el lomo por causa ajena, esas cosas

que entusiasman a la peonada, que les calientan las orejas por temporadas. Augusto, tímido, no lo perdía de vista. El otro se dio cuenta y le propuso que lo acompañara, que había otras formas de ganarse el pan, que él le iba a mostrar. Anduvieron juntos un tiempo, hasta que el asunto se complicó y los milicos los fueron cercando. Zaldívar escapó como pudo, sin heroísmo. Llegó a Buenos Aires, se coló en un barco, pidió o aceptó conchabo y se pasó los siguientes años dando la vuelta al mundo. Dos veces, dos tatuajes, un ancla por cada vez.

No se sabe dónde lo encontró la guerra. Un día lo vieron cruzar el pueblo hacia los rancheríos. Llegó tarde para velar a doña Juana; tal vez por ese motivo vio en esa otra mujer lo más parecido a una madre, pero tampoco le supo durar.

Aunque atiende el Dos Anclas, el boliche del Social y Deportivo, Zaldívar nunca quiso mudarse a Victorica y sigue viviendo en el mismo rancho que levantó su madre. A veces galopa las dos leguas a caballo, otras hace dedo. Nunca llegó tarde.

SUIPACHA

Pibe: ¿Cómo era eso de las minas?

Ñato: Preguntás mucho, Pibe. ¿No serás vos el buchón, el topo ese que nos pusieron?

Flaco: Tranquilo, esos son cuentos para hacernos el bocho, para que estemos calladitos, la cola entre las patas.

Ñato: Como las minas.

Pibe: Y dale con las minas. ¿Qué pasa con las minas, se puede saber?

Flaco: No sabés nada vos. Mejor contá cómo hiciste para hacerle dos chicos.

Ñato: ¿Seguro que son tuyos?

Pibe: Qué chistosos. ¿Qué carajo tienen que ver mis hijos con las minas?

Ñato: ¿Qué minas?

Flaco: No sé, ¿quién empezó con lo de las minas?

Pibe: ¿Me están tomando el pelo?

Ñato: No, ¿por?

Pibe: Entonces habló. ¿Qué pasa con las minas?

Ñato: Nada, uno habló de la cola entre las patas y yo me acordé de una novia que tenía unas gambas preciosas. Y del culo mejor no digo nada porque tanto macho junto y apretado en esta lata...

Chofer: La pueden cortar. Así no se puede laburar.

Flaco: ¿Así cómo?

Chofer: Así. Diciendo tantas pelotudeces.

Flaco: Tranquilo. A ver, ¿de qué querés charlar?

Chofer: ¿Quién te dijo que me interesa hablar?

Los policías

Los policías de esta historia son apenas dos y no hay nada que los destaque. Parece poco para una comisaría, pero en un pueblo perdido del oeste no pasa nada, nunca; nadie atranca las puertas, cualquiera puede llevarse una de las bicicletas que duermen la siesta en las veredas y los robos son olvidos o necesidades. La mayor parte del trabajo es papelerío de oficina, la burocracia de siempre para justificar un sueldo.

El caso del agente Echavarría es un buen ejemplo: ahí anda pateando las calles, entregando citaciones, charlando con los vecinos, porque el día es largo, no son ni las diez y todavía no sabe la que le espera.

Echavarría y el otro más joven, el cabo Méndez, no son de la zona. Quienes ven demasiada televisión pensarán que pierden el tiempo en estos pueblos olvidados, que un policía está para otras cosas: perseguir, investigar, pelearse con jueces y burócratas o meter bala a los que no tienen arreglo. Pero el cine y la vida son como paralelas históricas, se miran y no se tocan. Estos policías ni se acuerdan que tienen un arma y la única vez que la usaron fue durante los escasos meses de instrucción.

Algo habrán hecho, nadie termina en estos exilios policiales por hacer buena letra. No a cierta edad. Echavarría

y Méndez ya están grandes para estos desplantes. A veces alcanza con poco, un mal día es suficiente para desairar a un superior y terminar acá, de imaginaria cuidando postes y rutas sin chistar, pateando las calles, sudando, sin notar ese Orion bordó que toma la curva de manera cinematográfica, innecesaria, y encara confiado.

Si les preguntaran a Echavarría y a Méndez por qué se metieron en la Fuerza, darían las mismas excusas que han escuchado de otros: que estaban perdiendo el tiempo, vagueando, y que el viejo los metió para que se enderezaran; que la novia quedó preñada y necesitaban plata y no sabían hacer nada; que la vocación la traían de la escuela. No fue así. En verdad lo que ellos querían era tener autoridad, el derecho de pisar los callos que quisieran, sentir esa adrenalina en todo el cuerpo. De esto hace años, y ambos olvidaron esas compadras. Pero están a cinco minutos de recordarlas.

Echavarría no viene durmiendo bien. La familia, cansada, no lo siguió esta vez. Para año nuevo vinieron una semana y las mellizas se querían volver a los tres días. El más grande ni apareció, se quedó en Macachín, dijo que era el último verano con los compañeros del colegio. Ya son muchos años anclado acá, no es justo, no está bien, rebotan en su cabeza ideas parecidas a estas. Será por eso que agarró las citas y le dijo a Méndez que él se encargaba, que necesitaba tomar aire o estirar las piernas. Eso y las cuatro paredes del despacho y las armas al alcance de la mano. No sería el primero que se manda una macana. Encima Méndez, que anda raro los últimos días, nervioso, no parece el mismo que llegó en diciembre.

CHIVILCOY

Pibe: Están mezclando, me parece. Lo de la cola entre las patas fue después.

Flaco: ¿Seguro?

Pibe: Antes dijeron que las minas se parecían a mis pibes.

Ñato: ...

Flaco: Tiene razón.

Ñato: Ah, claro.

Pibe: Claro qué.

Ñato: Que a los pibes, cuando crecen, nada les viene bien.

Flaco: Como las minas.

Pibe: ¿Qué minas?

Flaco: Curioso el Pibe.

Ricardo Lemmes

Lemmes es el único viudo de los Notables, y en el pueblo le dicen el Célibe, porque no le han podido descubrir ninguna amante. Veinte años son demasiado para un varón que se precie, murmuran algunos de los que perdieron el auto o la casa cuando un apuro los obligó a presentarse a la mesa del Dos Anclas y aceptaron las condiciones comiéndose el orgullo, porque los ahorros ya eran sombra, humo, viento. Nada. Así que masticaron bronca, se tragaron una promesa o dos, aceptaron un trato vergonzoso y oyeron las palabras que no querían: que no se preocuparan por los plazos, que tiempo sobraba y cobrar, se cobraba. Eso, por descontado, no hizo falta mencionarlo. Y se fueron mordiendo bronca y polvo, recordando —ahora sí con lucidez— el chisme ese que reflotan cada tanto, a modo de advertencia para novatos o estúpidos: que Lemmes no juega solo, que había otros socios, Perico, Chichón, Gastón, Vargas, El Chacal... que parecían varios pero eran uno solo, cruelmente célebre.

Lemmes tiene un solo hijo, Ricardito, que se fue a España ayer nomás, aunque su padre no sabría decir en qué anda porque desde entonces no se hablan ni para putearse. Una cuestión relacionada con la madre, dicen. Alguno de los que perdieron más que el auto o la casa recordó aquella muerte

dudosa: Lemmes convenientemente de viaje, el nene que vuelve del colegio y el resto es de dominio público.

El comisario Medina calló —por respeto o miedo, porque el pudor ya lo había dejado en un rancho olvidado— lo que vio cuando entró en el baño. Y ese silencio se le hizo costumbre. Se habló mucho y se especuló como nunca. A los que pudieron entrar al dormitorio de Lemmes, los desacomodó la tranquilidad del pibe. Dicen que sonreía todo el tiempo y que se largó a aplaudir cuando llegaron los policías. Se habló de un médico, de una psicóloga, pero al final un par de sopapos fueron suficientes. Al parecer había estado dibujando o haciendo la tarea, su madre estaba desnuda en la bañera, sepultada bajo las hojas que su hijo le fue mostrando; estúpido o enajenado, Ricardito no reaccionó ante el cuerpo definitivo e inmutable.

Mienten los que hablan de sangre hasta en el techo. En la investigación solo se menciona un frasco de pastillas, unos barbitúricos, según consta en la segunda declaración del farmacéutico Rebollo, porque la primera se perdió y ni el mismo boticario recuerda lo que dijo con el apuro y los nervios.

Alguien recordó, más taimado que sagaz, que Marta había ligado una parte de los campos que supieron ser de don Máximo García, una herencia sabida por todos, Lemmes el primero. Y otro agregó, ensañado ya, que para aquellos años los milicos le habían pegado un boleo en el orto a Perico, porque ni ellos mismos lo sabían manejar; que había empezado a trabajar por su cuenta y que mal no le iba, y fue por esa época cuando apareció el nuevo apodo, Chichón, “porque creció después del golpe”. Y se rieron

un rato, sin maldad, hasta que uno, con la poca vergüenza que le quedaba, alcanzó a silabear un nombre, un apodo apenas, la-pu-ta-que-lo-pa-rió-po-lli-to, y el resto habrá pretextado un asunto pendiente, cuanto más inverosímil mejor, para escaparle a eso que no querían reconocer en la mirada del vecino.

Acaso Ricardito oyera un rumor parecido y sumara dos más dos, como sumaron varios en la zona y sacaron cuentas y eran redondas y la bronca se les quedó allá abajo, doliendo. Es posible que la acusación del hijo, porque no preguntó, lo haya agarrado desprevenido a Lemmes, y la sorpresa lo delatara, sin dobleces esta vez. Lo cierto es que Ricardito se fue sin alboroto y nadie lo volvió a mencionar en el Dos Anclas ni en el Hotel de los Franceses.

Flaco, alto, duro y retorcido, a Lemmes aún hoy se le adivina el rubio y cierta elegancia. La misma que mostró hace veinte años cuando volvió de urgencia y se puso al frente del cortejo, impoluto, representando a la perfección su papel, como lo hizo sesenta o setenta años antes su abuelo o el padre de este, desde la estación del tren hasta el mausoleo de los Capdeville, no tanto por amistad o respeto, porque eso había empezado a terminar con el siglo, una tarde de tiros y venganzas. Al igual que su abuelo, o el padre de este, Lemmes levantó el cajón para comprobar el peso de una ausencia, Blenginni a su izquierda y dos pasos atrás Etcheveste y Balech. Pero a diferencia de aquella tarde de 1921, esta vez el pueblo los siguió de lejos, cincuenta o sesenta metros detrás, mostrando un desprecio que nunca se permitió repetir.

Flaco: Che, ¿no habría que despertarlo a este?

Ñato: No seas envidioso. Dejalo dormir, ojalá yo pudiera.

Flaco: ¿Estás seguro que duerme? Para mí que se hace, para sacarnos la ficha. No dice nada, pero escucha todo.

Pibe: ¿Este el buche?

Flaco: ¿Por qué no?

Pibe: ¿No serás vos, que preguntás tanto?

Flaco: No digas pavadas, Pibe.

Ñato: Como las minas.

Chofer: A ver si la cortan con las minas.

Flaco: ¿No te gustan?

Chofer: ...

Flaco: Tranquilo, no pasa nada.

Chofer: ...

Flaco: Sobre gustos no hay nada escrito. Dicen.

Chofer: Cuidado con lo que insinuás.

Flaco: Tranquilo, no pasa nada.

Chofer: Decís tranquilo una vez más y te bajo. A mí no me hablás así, no soy tu mascota, ¿entendiste?

Héctor Pedro Vergez

Perico Vergez nació en Victorica en el invierno del 43 y su primer juguete fue una pelota de la Fundación Eva Perón. En aquellos años nadie podía imaginar que un día se convertiría en El Chacal y haría cruelmente célebre al pueblo. Oscar “Pollito” Di Dio tampoco, porque no había nacido aún.

Es un personaje oscuro, escurridizo, pero todos dejan rastros. Sabemos que terminado el secundario se mete en el Ejército, en la Caballería. Que en 1974 está en Córdoba y funda el Comando Libertadores de América, subsidiario de la Triple A. Que integró el Batallón de Inteligencia 601 y que en La Perla se manejó peor que un patrón de estancia. Que se jactaba de participar en cada uno de los operativos y de varias muertes. Que era un feroz torturador, violador, asesino y que tenía la costumbre de apropiarse de los bienes de sus víctimas. Que se ensañaba con los detenidos judíos, a cuyas familias extorsionaba.

En 1978 Vergez fue dado de baja por sus propios camaradas de armas, por la cínica doctrina de “limpiar el bisturí”. Por un tiempo se le pierde el rastro, aunque es seguro que siguió trabajando por su cuenta. En febrero del 82 se lo vio en el Asado del Siglo, pero es difícil saber cuán-

ta participación tuvo realmente. Poco después aparece en una financiera cordobesa que quebró y dejó el tendal. En el 84 lo arrestaron por el asesinato a palos y picana eléctrica de la joven Luz Mujica de Rearte. En el 86 recuperó la libertad gracias a la Ley de Obediencia Debida. Durante los 80 viajó a Nicaragua a enseñarles a los Contras qué era eso de la guerra sucia. También estuvo ligado a varios secuestros importantes, el más sonado fue el Caso Sivak.

En los 90 hace de todo, desde ensuciar la causa AMIA por encargo de la SIDE hasta investigaciones para Lanata. En 1998 funda la Asociación Nacional de Lucha contra la Usura. Con la consigna “Un soldado con vocación social”, realiza actos de denuncia y organiza manifestaciones de repudio frente a las casas de pequeños prestamistas de pueblo. Así selecciona a sus víctimas. Se dedica a apretar a los usureros para achicar la deuda y luego les compra las hipotecas y se queda con los bienes. El zorro pierde los pelos, pero no las mañas.

Son varias las que no pierde Vergez: la prepotencia, la avaricia y lo jetón. Cada tanto abrirá la boca para dar detalles de sus tropelías y descalificar a camaradas de armas, Videla el primero. Será recordado con espanto por quienes tuvieron que oír cómo les relataba detalles escabrosos sobre sus familiares: a Sara Solarz de Osatinsky le contó paso a paso cómo torturó, asesinó y dinamitó a su marido Marcos, como si fuera una hazaña; luego le detalló la muerte que le tocó a Mario, su hijo mayor. Finalmente, le narró la dura cacería donde atraparon al menor, José, de quince años.

Tiempo después se jactaría de tener unos cuantos campitos en La Pampa que nadie le encontraría jamás. No es

disparatado que alguno de los Notables le haya dado una mano en eso. Negocios son negocios, y no serían estos los primeros que hacen con Perico.

Pibe: ¿Y si paramos en una estación a comprar un mate?

Chofer: Las órdenes fueron claras.

Pibe: ¿Ustedes no tienen una sensación rara, tanto misterio?

Ñato: No te hagas el bocho, no sirve para estos laburos.

Flaco: El Pibe tiene razón. A mí me da mala espina, qué quieren que les diga. No sé ustedes, pero yo ya estoy grande para andar jugando a la gallinita ciega y al Topo Gigio.

Pibe: ¿Qué es eso del Topo Gigio?

Ñato: Un muñeco.

Flaco: Como nosotros.

Chofer: Un muñeco que hablaba demasiado.

Ñato: Un juguete, Pibe. Apenas un juguete.

Flaco: No me gusta. Hay muchas cosas que se nos escapan.

Pibe: ¿No me vas a decir que tenés miedo?

Flaco: El miedo tiene mala fama, pero te mantiene alerta.

Cuidate de los Rambo. Los loquitos no son confiables.

Pibe: ¿Rambo estaba loco?

José Etcheveste

La familia Etcheveste empieza con el pueblo, tanto que hoy la gente los confunde, aunque no fue así al principio, cuando don Alfonso se tragó la bronca y una bala de puro porfiado, aquella tarde que los sublevados quisieron terminar lo que habían empezado días antes. Desde entonces fueron conservadores, radicales, socialistas y peronistas; unos dieron golpes y otros los sufrieron. Han sido chacareros, comerciantes y cooperativistas; fundaron clubes y bibliotecas; aportaron deportistas, intendentes y presos políticos; levantaron escuelas y alambrados; han colocado antenas, abierto caminos y paleado la ceniza del 32.

Los Etcheveste, en verdad, son el pueblo, pero se haría una idea falsa el forastero que los confunda con un clan, una tribu o una casta.

Pocas veces faltó uno a la mesa de los Notables, quizás al principio, en tiempos de la Colonia, cuando el francés era el idioma oficial y el 14 de julio se embanderaban hasta los toros. Después vino la guerra y muchos se fueron a pelear por la familia, la patria o una idea y alguien tenía que ocupar ese vacío porque para entonces hacía tiempo que don Alfonso había disparado a la cordillera, perseguido por las deudas y las quimeras de siempre.

Quien pintaba para ocupar una silla era Antonio, el mayor. Una noche lo pusieron a prueba y parece que le faltó convicción, no se supo bien. José, astuto, vio su oportunidad y se manejó correctamente. Es cierto, no parece un Notable, le falta porte. No es que sea gordo, bizco y sus connotables le saquen una cabeza. Es difícil de explicar, la pilcha, unas mangas que no dan la talla o una combinación inadecuada. Detalles que en otro pasarían inadvertidos, en él hacen estragos. O tal vez sea un gesto inapropiado, la risa desencajada, ese caminar a saltitos como un chico. Un vecino, hace años, se permitió el chiste que no se dice ni en la intimidad del grupo; nadie recuerda el nombre porque se fue al poco tiempo.

Al Pepe Etcheveste no le gusta hablar de religión ni de política. Porque arruina los negocios, dice. Medalla de oro en la UBA, todos auguraban un futuro brillante; sin embargo, algo no se pudo acomodar a tiempo porque Alfonsín bochó su pliego en plena Primavera y ahí se terminó su carrera. Hizo las valijas, vendió el piso de Recoleta y volvió al terruño, al fuero privado. Se comentó que había seguido muy de cerca los preparativos del famoso asado y las fotos no mienten. Creen recordar que hubo complicaciones con la carne días antes y Etcheveste se ocupó de solucionar también ese problema. Habló con los Samid y el resto es historia.

Cada 12 de febrero, Etcheveste se pone de pie en la mesa que conocemos y propone un brindis por el asado más grande de todos los tiempos, si el Guinness no lo contradice tampoco ese año. Los Notables acceden, resignados a lo que sigue, la monótona letanía: 500 toneladas de

leña, 7.000 kilos de carne, 5.000 de hielo, 3.000 de pan, 5.000 litros de bebida, kilómetros de chorizos, toneladas de lechuga y tomate.

Flaco: ¿Che, si nos salteamos alguna orden nos ponen en penitencia?

Chofer: Dejá de hacernos la cabeza, no seas pelotudo. ¿O sos el alcahuete y nos estás probando?

Flaco: Pensaba en voz alta, nomás.

Chofer: Sobran intelectuales en este país, es al pedo. Hay que pensar menos.

Flaco: Capaz.

Chofer: Una vuelta laburé con uno, un coronel. Siempre decía que la duda era la jactancia de los intelectuales.

Pibe: No entendí.

Flaco: Cosas de milicos, Pibe.

Chofer: Cuidado con lo que insinuás.

Mirta G.

Mirta G. no es de la zona. Llegó hace tiempo, siguiendo un amor o una promesa. Pero no funcionó, no está claro cuál de los dos. A esa altura le daba lo mismo, ya no tenía fuerzas para volver a un lugar que nunca tuvo. Sin parientes, algo de orgullo tendría aún para quedarse en un sitio que ofrecía poco más que tierra, viento y chismes.

No venía sola, traía un chico desgarrado que no se daba con nadie, un nene raro. Acaso pensó que un lugar perdido en el medio del país era tan malo como cualquier otro para criarlo. Aburrido, eso por descontado, pero más tranquilo que las ciudades donde ella había crecido. Menos injusto. Un pueblo donde nunca pasa nada, no se cansaba de repetir cada mañana mientras abría el Museo.

Aunque eso vendría después, antes estuvo la promesa y un negocio de ropa, una boutique pretenciosa para la zona; gusto le sobraba y el inversor era el mismo que prometía todo. Parece que se había cansado de viajar tanto, la quería más a mano, y el negocio, además, era una pantalla rentable. En una de esas se hacían amigas, festejaban en la mesa del Dos Anclas.

El amor duró menos que la promesa. Y la boutique, hasta que la esposa prestó atención a un silencio incómodo

entre la clientela cada vez que entraba al Punto G. Pudo haber sido un bautismo o un aniversario, una excusa que amuchara a la familia, a los amigos. La esposa pidió un brindis y declamó unas palabras sinceras. Habló de valores, de amor, de fidelidad. Por último, habló de lealtad. Y la cuestión quedó zanjada.

Alguno de los Notables se hizo cargo por un tiempo, por lástima o revancha. Poco después, Mirta G. andaba perdiendo las mañanas en el Museo. ¿Hace cuánto de esto? Habría que revisar los álbumes de fotos hasta encontrar la del célebre brindis; deben haber pasado varios años, porque al mocoso desgarbado no se lo ha vuelto a ver.

Los Notables le dicen la Amazona. Porque galopa bien, explican uno o dos, con sorna o nostalgia. Porque no tiene tetas, chicanean los otros, con una envidia macabra apenas contenida. Alta, piernas firmes, ojos dulces o tristes, según el día, un cuerpo de porcelana acribillado de pecas, nadie acertaría con su edad. Hubiera querido pasar inadvertida, pero no hubo manera. Entre las vecinas se la considera una descocada. La envidia y tiempo de sobra hacen estragos. Su belleza, sin embargo, es un mal menor, lindas siempre hubo; el problema es la manera en que la lleva: con despreocupación, deja que vean lo que las demás esconden, por ignorancia o vergüenza o culpa.

Su relación con los Notables es ambigua, sabe de qué maderas están hechos y todavía siente bronca por haberse enganchado con uno. Sin embargo no la pasa tan mal hablando de libros con Julito O'Kenney. Siempre le gustó escribir y no sería raro que de joven haya cursado unas ma-

terias de Letras, pocas, las suficientes para dejar a tiempo y resguardar su vocación.

Vive en una quinta, casi una chacra; plantas por todas partes, animales y un alazán. Ya no se ve en la ciudad. No puede irse, no quiere dejar solo a Zaldívar, ese viejo que es como un padre, quien le contagió la pasión por los caballos, los misterios de las plantas y algunos secretos de la zona que se tienen por bolazos.

Siente que tiene algo que demostrarle al pueblo; a veces no duerme de la bronca.

TRENQUE LAUQUEN

Flaco: Che, ¿saben por qué nos eligieron?

Ñato: Yo hice de todo un poco.

Pibe: Te eligieron para asustar, con esa cara.

Ñato: Cuando quieras, paramos un cachito y te muestro para qué me trajeron.

Chofer: No paramos un carajo.

Flaco: Para qué estás vos ya lo sabemos: el volante y las reglas, firmes.

Chofer: ¿Tenés problema con eso?

Pibe: Me parece que el topo asomó la cabecita.

Chofer: ¿No será alguno de ustedes, tanta averiguación?

Flaco: Ya les dije, para mí son mentiras, como en el truco. Lo sacaron de una película yanqui: juntan unos tipos para hacer un laburito, entre ellos no se conocen, ¿me siguen? El robo sale mal, había un infiltrado, un policía. Sangre por todas partes, la mayoría termina muerto.

Pibe: Esa la vi. Aburrida. Pura charla al pedo, no pasa nada. El robo ni siquiera lo muestran.

Ñato: No es lo mismo.

Pibe: ¿Por?

Ñato: No somos yanquis.

Flaco: Ni investigadores.

Ñato: Ni hay policías.

Chofer: No jodan con eso.

Flaco: Era una película, nada más.

Chofer: De algún lado sacan las ideas, ¿no?

Julio O'Kenney

Julio O'Kenney es el benjamín del grupo, el último en sumarse a la mesa del Dos Anclas, al reservado de los Franceses, al sillón del Social y Deportivo. Alto y flaco y colorado, los ojos de un celeste que no se conoce en el campo, todavía luce unas pecas de juventud. Intachable en el vestir, aunque se encuentre desayunando en su casa o en un obraje, entre zanjadores y greda. En el pueblo le dicen El Corte Inglés, la mayoría por ignorancia, pero sus amigos por el gusto de verlo engranar, porque saben cuánto odia a la Reina y al té, esa bebida para frías.

Veinte años después de Malvinas, Julito O'Kenney sigue sin saludar al doctor Ares Bustello, encargado en el 72 o 73 de fraguar el certificado donde consta que "O'Kenney, Julio Fermín, argentino, soltero, 18 años, 1.85, 71 kg, presenta los siguientes impedimentos para defender adecuadamente a la Patria: miopía, pies planos y diabetes tipo 1". Diez años más tarde, Julito no aceptó razones cuando el doctor, fastidiado ya, explicó que no se podía, que había un expediente, un documento público, que lo hubiese pensado en su momento, que él no iba a arriesgar su honor y su título por un capricho, que ya estaba grande para andar jugando a los soldaditos. La bofetada retumbó en la

sala de espera y se dispersó rápidamente, al igual que el escándalo que entretuvo al pueblo varios días, hasta que lo vieron a Julito en el Social y Deportivo haciendo unos pases de esgrima con un sable, reliquia de la batalla de Cochicó. Se hicieron –y aceptaron– apuestas, mientras el Colorado recorría casa por casa buscando un padrino. Al final, los vecinos se quedaron sin espectáculo y el asunto se arregló como siempre: un viaje urgente, negocios o un congreso, algún pariente complicado, cualquier excusa que imponga distancia.

Nadie sabe de dónde sacó ese amor por Irlanda, pasión que canaliza a través del whisky, asistiendo religiosamente a misa, santificando cada 16 de junio y coleccionando ediciones de *Ulysses*. Los O'Kenney de la zona no tienen parientes en ese país y la mayoría no sabría encontrarlo en un mapa. Por eso los desconcierta semejante patriotismo por una tierra que ninguno de ellos conoce, ni siquiera Julio, que ha dado la vuelta a Europa y una vez se arrimó hasta Londres, a conocer el mal por dentro. Sin embargo, no sería capaz de decir cuántos tonos de verdes se pueden distinguir una mañana de otoño en el condado de Cork o cómo el salitre impregna las piedras en todo el Munster, menos a qué huele un pub en el corazón vikingo de Dublín. O'Kenney se justifica explicando que ciertos amores solo se valoran a la distancia.

Es el único de los Notables que intentó, pese a las advertencias, meterse en política al modo tradicional. Perdió plata, tiempo y la paciencia del grupo, que desconfía de los caprichos del Candidato. De cualquier modo, nadie toma muy en serio sus aspiraciones y O'Kenney mantiene acei-

tadas relaciones en Casa de Gobierno, porque una cosa es la política y otra los negocios.

Pibe: Estamos por llegar a Pellegrini.

Chofer: ...

Pibe: Avisaba nomás.

Chofer: ...

Pibe: No es la primera vez que hago este camino.

Flaco: ¿Ya conocías? Te lo tenías callado.

Pibe: Nadie me preguntó.

Flaco: ¿Sos de la zona?

Pibe: No.

Ñato: ¿Y entonces?

Pibe: Veníamos seguido con mi viejo a cazar.

Flaco: ¿Qué cazaban por acá? ¿Vacas?

Pibe: ¿Quién dijo que cazábamos acá?

Flaco: Vos dijiste que ya conocías porque venías a cazar con tu papá.

Pibe: No dije eso.

Ñato: Mejor empezá a aclarar lo que dijiste.

Pibe: Dije que conocía el camino, no que cazábamos en esta zona.

Flaco: ¿Dónde lo hacían?

Pibe: Cerca de donde vamos.

Flaco: ¿Qué cazaban?

Chofer: Preguntás mucho vos. ¿No me digás que te trajimos para eso?

Flaco: Ya van a ver cuando lleguemos para qué me trajeron.

Alberto Samid

Los Samid son una familia de inmigrantes sirios dedicados al negocio de la carne. Alberto, el menor, nació en el 48; es empresario, peronista y católico; hincha de Boca y de Ford. Está casado, tiene cuatro hijos reconocidos y vive en la misma casa de siempre, en La Matanza. Viste de jogging y camisa. Tiene varios apodos: el Turco, Gordo, aunque El Rey de la Carne le queda justo. Es dueño de la cadena de carnicerías La Lonja y nadie sabe cuántos campos ni frigoríficos tiene.

En Argentina, cada mes sacrificamos un millón de vacas para alimentar 37 millones de personas; cada una come 60 kilos por año, en promedio. Es un negocio de 5.000 millones de pesos: en Argentina tener la carne es tener poder. Y Samid tiene las vacas.

Se metió en política y nunca hizo pie. Justicialista de ley, estuvo con todos (Luder, Rousselot, Pierri, Othacehé), puso el asado para la campaña de Menem y fue su amigo y asesor personal hasta que decidió romper el bloqueo comercial a Irak. Fue diputado provincial, pero los pedidos de desafuero por causas de robo y cuatrерismo provocaron que lo echaran del bloque, literalmente. Junto a su hermano Julio (muerto en 1997, en la estancia La Lonja, en

circunstancias extrañas) colaron un diputado trucho que votó las privatizaciones.

Samid es una matrioshka, está lleno de personajes variopintos. Fue presidente del Club Deportivo Morón y es fanático del ajedrez: enfrentó a Karpov en partidas simultáneas y no llevó la peor parte. Es un hombre mediático, acomodaticio por momentos. Y con pocas pulgas: este enero noqueó a Mauro Viale en vivo y en directo.

Desde 1968 lo han acusado de hurto calificado, robo de automotores, violación de sellos y de las funciones públicas; de estar vinculado al atentado a la AMIA, de comprar ganado de culata, de cuatrерismo, de pistolero y patotero; de evadir al fisco unos 120 millones de pesos y de ser, según Domingo Felipe Cavallo, “el enemigo público n° 1”. Samid se defiende, sardónico: “procesado sí, condenado no”.

Campos reconocidos tiene dos. El que interesa, La Lonja, está en Colonia Barón. Buena zona para engordar las vacas que crecen como plaga y que le supo conseguir el Pepe Etcheveste a precio de amigo, dicen. No es posible asegurar que Samid haya estado en la mesa del Dos Anclas con los Notables, pero sí que han hecho negocios.

No solo vacas tiene Samid: ñandúes, jabalíes, un ciervo llamado Saddam, el perro Bin Laden y también tiene a Bush, un cerdo. Y un personaje extraño, Norte. Es el encargado de ver lo que Samid no puede cuando está ocupado vendiendo carne, haciendo política o peleando en la tele. Norte no se cansa de repetir, para que nadie deje de oír, que él es su sombra, la sombra que lo cuida.

Nadie sabe por qué dejó de llamarse Ángel Sombra ni de dónde sacó eso de Norte, seco y misterioso. Sí sabemos

que, donde esté Samid, estará él, su guardaespaldas, su secretario, su hermano. Se dicen muchas cosas de Norte: que fue el diputado trucho; que jugó un papel importante a fines de los 80 para que la Familia pudiera comprar La Lonja; que le tocó un rol protagónico años más tarde cuando falleciera en circunstancias extrañas el hermano mayor, Julio, y el médico convocado a la estancia se negara a firmar el certificado de defunción; que los consignatarios de hacienda le tienen pavor. Se dice mucho, algo tendrá que ser cierto para seguir creyendo en las estadísticas, opinan en la zona de Colonia Barón. Y si no creen, vayan y dejen caer su nombre en cualquier despacho municipal.

Chofer: Gracias, Pibe. Menos mal que conocías ese desvío.

Pibe: Mi viejo odiaba la caminera de Catriló.

Flaco: ¿No tenían permiso para cazar?

Pibe: ¿Tengo pinta de turista yo? Ni para las armas teníamos.

Ñato: ¿Qué bichos matan ahí?

Pibe: Chanchos, ciervos, pumas, unos toros raros que trajeron de otra parte.

Ñato: ¿Se comen?

Flaco: Nos salió finoli el Ñato.

Pibe: Podemos venir alguna vez, conozco gente.

Ñato: Lo mío es la pesca. No me gustan las armas, eso ya es laburo.

Chofer: Espero, por el bien de todos, que no volvamos a vernos.

Los chorros

Podría hacerse una crónica detallada, pintoresca y llena de lugares comunes acerca de sus vidas precarias, de infancias robadas y golpes sin descanso; describir los vericuetos de una villa, el hacinamiento, el tufo de un basural y las carencias atávicas; hablar del descubrimiento violento del sexo y de las bondades policiales.

Eso, ahora, ya no importa.

Los asaltantes son cinco o seis, nunca queda claro. Son del conurbano, General Pacheco, Benavídez, San Miguel, Laferrere, lugares así. Son tiempos difíciles y, últimamente, se dedican a laburos pequeños, changas que van saliendo: reventar un comercio, vaciar una quinta, un camionero distraído en la Panamericana. Hay que pasar el invierno.

Nunca trabajaron juntos y no se volverán a ver, aunque eso no lo saben todavía.

Se dicen o se creen profesionales, pero todo en su accionar es desmedido, exagerado, demasiado grande para un pueblo tan chico.

COLONIA BARÓN

Flaco: Ya sé cómo nos eligieron.

Pibe: Por lindos no.

Ñato: Por buenos menos.

Flaco: Qué chistosos.

Chofer: Déjense de pavadas que falta poco.

Flaco: Falta, tranq...

Chofer: ...

Pibe: ¿Y?

Flaco: Primero, alguna experiencia tenemos. Acá el chofer maneja bien, es prolijo, obediente.

Chofer: Confiable.

Flaco: Eso. El Ñato no debe necesitar más de dos manos para despachar al que sea.

Chofer: ¿Y vos?

Flaco: Por el olfato.

Ñato: No jodas.

Flaco: En serio, tengo olfato para los problemas, los veo venir, me adelanto.

Chofer: ¿Eso es una virtud?

Flaco: ...

Ñato: ¿Y el Pibe?

Flaco: Sabe cazar, le gustan las armas.

Pibe: ¿Y el dormilón?

Flaco: ¿Cerraduras?

Chofer: Dejá de mirar películas.

El piloto

Cuando era apenas un chico, Fernán C. Álvarez tuvo una revelación. Su abuelo Claudio lo llevó a un cine y lo que vio ahí lo dejó despierto esa noche y toda la vida soñando. Miraron una película de superhéroes: un hombre de acero, la vista infinita, invencible. Mientras los demás deliraban con cada una de las posibilidades que ofrecía el personaje, el joven Álvarez se obsesionó con una sola.

En cuanto pudo, Álvarez intentó entrar en la Fuerza Aérea. No le fue bien, problemas de temperamento, le dijeron de modo amable mientras le cerraban la puerta en la cara. Desanimado, no abandonó su sueño: se largó a hacer cuantos cursos podía pagar, no siempre debidamente certificados. Algunas naves parecían una bañera con alas, pero levantaban vuelo y se sabían sostener el tiempo necesario para que sintiera la adrenalina de aquella, ahora, lejana tarde.

Con el tiempo sacaría un diploma de instructor que le provocaría disgustos, una cuestión de sellos que lo tuvo a mal traer con la Justicia. Quizás por eso cambió los aviones por helicópteros. Álvarez ha llevado la vida de tantos pilotos: vuelos de bautismo, clases, viajes comerciales y turísticos, armar una escuelita que se viene a pique, lle-

var y traer empresarios, gente que pueda mantener una máquina en condiciones, los Samid por ejemplo. Durante años anduvo para todas partes con el Turco y el otro que lo sigue como una sombra, silencioso.

Álvarez presumía que el viaje a La Lonja podía hacerlo con los ojos cerrados. Una vez se lo propuso al jefe, que le celebró la gracia hasta que Norte dijo tres o cuatro palabras. Razón tenía, porque años después Álvarez se vino abajo por hacer pavadas, mientras paseaba unos extranjeros. Desde aquella tontera con los turistas, los Samid le pegaron una patada en el culo, por pelotudo. Lo siguen apreciando, es un buen muchacho, pero le perdieron la confianza, recalcan a todo el que quiera saber.

Álvarez está cansado, ya son muchos años siendo chofer. Sueña con tener sus propias naves, algo de nivel. Últimamente se lo vio en un helicóptero chico, liviano, un Bell Ranger III, modelo 206. Poco para él. Ahora está apurado, tiene un trabajo que hacer, viajar a la zona de Chacharramendi o Victorica, no recuerda bien, a buscar unos cazadores peruanos, le han dicho.

WINIFREDA

Flaco: Otra cosa.

Pibe: ¿Cómo?

Flaco: Que nos eligieron por otro motivo.

Pibe: ¿A ver?

Flaco: No nos conocemos.

Pibe: ¿Y?

Flaco: Que ninguno debe estar muy quemado.

Ñato: ¿Eso qué tiene que ver?

Flaco: Significa que no somos gente pesada. Experiencia, sí. Pero saben que no nos vamos a cortar solos. Que no nos da el cuero. Hay que tener banca para eso.

Chofer: ¿Y entonces para qué joden tanto con el buchón ese de mierda?

Flaco: Ya les dije, son macanas para que hagamos buena letra.

Pibe: Nunca me gustó la escuela. No sabía obedecer.

Chofer: Ni lo pienses, Pibe. Si llegué hasta acá sin problemas fue porque siempre tuve códigos y cumplí mi papel. ¿Conocés la historia de la lecherita? Hacé los deberes, portate bien.

Ñato: El Pibe puede tener razón.

Flaco: ¿Cuántas veces tuvieron una oportunidad así, un laburo grande, servido en bandeja?

Los Notables

Los Notables son un puñado, cuatro o cinco personajes destacados del pueblo, y nadie debe ignorar esta premisa. Ponen intendentes, quiebran empresas, funden chacareiros. No tienen cargos públicos, aunque rara vez se toma una decisión importante sin que ellos aprueben, concedan, tachen, enmienden. Un gesto o un silencio bastan. El código es sabido por todos. Sin embargo, se han dado casos en que los Notables han consentido en verbalizar un deseo. La liturgia aburre por conocida: un cumpleaños o un casamiento, un rincón apartado, la charla insustancial y uno de ellos suelta un comentario. Esa misma madrugada alguien deslizará la infidencia y otro la sabrá repetir, en su momento, en el despacho indicado. Finalmente, el Concejo o el Intendente tomarán la decisión acertada.

Difícil saber cómo se llega a ser uno de los Notables: no se estudia, no alcanza con heredar una estancia, un consultorio o una sociedad. Cualquiera puede mencionar un antepasado que acompañó al Fundador cuando mordió el polvo y prometió venganza dos leguas al oeste y cumplió, para mayor precisión; nadie recuerda, sin embargo, que un advenedizo haya ocupado un lugar en la mesa que todos conocen en el Club.

Se puede ser contador, médico, abogado, ingeniero o solo estanciero; sin embargo, no alcanza con un título y el apellido. Ayuda, claro, eso está muy dicho. De estos hubo muchos, demasiados, y la mesa nunca pasó de cuatro. Alguna época fueron cinco y no supo durar.

No está claro cuándo comienza, tal vez en la infancia. Hay que avisar al padre una cuestión doméstica, una urgencia, y el niño da sus primeros pasos en el Club o en el Hotel. Naipes, vasos tallados, tabaco espeso, una chequera a la vista, diarios de la Capital y la obsecuencia del resto. Eso maman desde temprano unos pocos: la distancia, el respeto, la distinción.

Los niños crecen y se van quedando un rato más del que debieran, del que se les permite a los otros. Año tras año, van decantando los candidatos: gestos, guiños, un apretón en el hombro, propinas desmedidas, un sorbo al aperitivo, un souvenir del enésimo viaje. Después vienen los apremiantes estudios en la ciudad, la vuelta rutinaria cada verano, y un fin de semana, tal vez en carnaval, se le permite a uno de ellos sentarse a la mesa para escuchar los adelantos del progreso y los valores de la tradición.

Más tarde que temprano, los jóvenes se reciben, viajan, conocen mundo y es urgente que retornen porque los padres saben retirarse con dignidad y hay negocios que aprender y secretos que desempolvar, porque estos sí se heredan.

A esta altura, los candidatos ya ponen mesa propia y agregan, a la dudosa amistad, costumbre, compañerismo o conveniencia, un hilo que tramará una relación más persistente. Han compartido juegos, colegio, mujeres, peligros y en breve compartirán cosas más importantes y necesarias.

El recambio se da en silencio, sin afectaciones. A los Notables los horroriza que los confundan con los oportunistas, esos chillones que se sienten antes de doblar la esquina. Son reservados, poco dispuestos a mostrar sus estados de ánimo fuera de sus dominios. A veces, cuando están contentos porque cerraron un negocio fácil y redondo, se permiten un apretón de manos o un abrazo más largo que el habitual y piden una botella que solo ellos conocen.

Se ha criticado mucho a los Notables, pero quieren el terruño. Aquí manejan los negocios, las decisiones políticas, lo que trasciende y lo que no. Viajan, conocen, aprenden, vuelven, invierten. Campos, vacas, casas, acciones, préstamos... Plata tiene cualquiera, suelen jactarse. Y si uno de ellos tambalea, el resto hará lo necesario para sostenerlo, no sea que los arrastre en la rodada.

Suelen ser amigos, padrinos, compinches, mentores de sus ahijados, socios y cómplices. Se casan en el momento estipulado y nunca se divorcian. Las habladurías, el escándalo, el bochorno, les provocan úlceras o cólicos, según el caso. Por eso sus mujeres no se miran. Son elegantes, de una belleza contenida, sobria, segura de sí, sin ostentación, que madura con el tiempo. No son accesorios ni adornos de lujo. Las mujeres de los Notables saben ubicarse, encontrar el lugar que su marido necesita. Fingen, aparentan, simulan, representan. Sí. Como todos. Pero dan brillo y la casa está en orden.

VICTORICA

—¿Ya llegamos?

hechos

Se necesita mucha historia para
producir un poco de literatura.

Hawthorne
HENRY JAMES

El Boliche no se diferencia en nada de cualquier otro. Funciona en el Social y Deportivo y lo maneja Zaldívar. No sabemos quién es el dueño, pero el viejo parado en la barra es una de las postales del Club, como esas fotos descoloridas, detrás suyo, de un pasado acaso glorioso. Aunque el pueblo sea nuevo, no tiene apuro. Al interior de las provincias, el tiempo anda al tranco. Será por eso que el Boliche no ha cambiado en cincuenta años, desde que Zaldívar se bajó de los barcos y volvió con lo puesto y dos anclas, ante el desconcierto de los paisanos. Esas que lucen allí arriba. Pocos se acuerdan cómo fue el arreglo, qué importa eso ahora. Ahí está Zaldívar, una institución dentro de otra.

Hoy anda concurrido el Boliche. Es por los sucesos de ayer. El viejo le pidió a uno de los muchachos que deje las cartas y le dé una mano, está grande para semejante trote. Además, tiene que estar atento a la mesa donde para gente importante, clientes de toda la vida. Hay mucho alboroto y Zaldívar teme perderse algún detalle revelador, porque ahora están leyendo los diarios, comentando las novedades.

ETCHEVESTE: Qué bárbaro estos porteños, ¿no?

BLENGINNI: Qué van a ser porteños.

LEMMES: ¿A ver? Leé, es muy raro lo que pasó.

ETCHEVESTE: ¿Cuál?

LEMMES: El que sea, La Arena.

ETCHEVESTE: “Locura en el oeste. Una banda asoló Telén: rehenes, balazos y fiasco”.

O'KENNEY: Está muy bien eso. Tiene condimento. ¿Saben quién lo escribió? Tiene pasta.

LEMES: ¿Cómo sería eso?

O'KENNEY: Contexto, clima, suspenso y un buen cierre, económico.

LEMES: Explicá, Lito.

O'KENNEY: Es conciso, lacónico. Fijate todo lo que dice con un solo verbo: "Asoló". No es fácil lograr eso.

LEMES: Ajá...

O'KENNEY: Ya nadie usa ese tipo de palabras.

BLENGINNI: Debe ser alguno de la vieja guardia. Seguro lo conocemos.

O'KENNEY: O un pibe recién salido de la facultad. Apuesto a que quiere ser escritor.

BLENGINNI: Apuesta aceptada. ¿Lo de siempre?

O'KENNEY: Lo de siempre.

ETCHEVESTE: Voy con Lito. Tiene olfato para eso.

LEMES: Voy con Nesto, un pibe no encuentra esa palabra ni en el diccionario.

BLENGINNI: ¿Qué más dicen?

ETCHEVESTE: "Una banda armada integrada por cinco individuos intentó en Telén robar dos bancos inexistentes. La cerrada sucursal del BLP y el actual Museo de la localidad. Coparon la comisaría, tomaron de rehén a un policía, balearon el frente de los dos edificios y huyeron hacia el oeste internándose en el monte".

O'KENNEY: Qué los parió a los gringos, una gran siete.

ETCHEVESTE: Recorrer tanta ruta, venirse al cuete.

LEMES: Es raro. ¿Para qué tirotear un edificio cerrado?

BLENGINNI: Impotencia.

O'KENNEY: Vamos por partes. Primero, la apuesta la doy por perdida: ese título no pertenece al cronista.

BLENGINNI: Capitán.

ZALDÍVAR: Diga.

BLENGINNI: La ronda a cuenta del Colorado y Pepé.

ZALDÍVAR: Hecho.

O'KENNEY: Segundo, muy poético el cierre, pero estúpido.

¿A quién se le ocurre meterse al monte?

LEMMES: Gente de la zona.

BLENGINNI: No.

O'KENNEY: ¿Seguro?

BLENGINNI: Si fueran de la zona, sabrían que el banco no abre los martes.

ETCHEVESTE: “Al mejor estilo de los pistoleros del Lejano Oeste, en la mañana de ayer cinco individuos entraron... disparando al aire... intentaron asaltar dos bancos que llevan años cerrados”.

O'KENNEY: En el oeste está el agite.

LEMMES: ¿Qué decís, se puede saber?

O'KENNEY: Nada, una canción. El gracioso de la FM la estuvo pasando.

LEMMES: Qué al pedo está ese melenudo.

ETCHEVESTE: “La policía pampeana montó un operativo cerrojo con participación de provincias vecinas, que hasta anoche no había arrojado resultados positivos”.

LEMMES: Zaldívar, usted que anduvo con Vairoletto, diga, ¿se pueden haber escapado por el monte?

ZALDÍVAR: No crea todo lo que oiga por ahí, Doctor. Esos son cuentos de viejas aburridas.

LEMMES: Me lo contó mi madre.

ZALDÍVAR: Disculpe. No quise ofender.

LEMMES: Mejor tráigame un cortado, si no es molestia.

O'KENNEY: A ver, Pepé, lee los otros, qué dice El Diario de los Nemesio.

ETCHEVESTE: "La historia se inició a las 10:15 horas, bajo el sol intenso, una leve brisa y la habitual paz pueblerina de Telén. Poca gente venía...".

LEMMES: Lito, parece que encontramos a tu escritor.

O'KENNEY: Cualquiera se cree Capote, che.

ETCHEVESTE: "El cabo primero Sandro Echavarría estaba entregando una citación a la señora M. T. Perata, a unas dos cuadras de la comuna. En ese momento paró un auto Ford Orion, se bajaron un par de hombres armados y tomaron al agente de rehén. Perata, en tanto, comenzó a correr bajo una balacera... La mujer logró escapar: entró a su casa, salió al patio y saltó el tapial".

O'KENNEY: Flor de susto.

LEMMES: Experiencia tiene.

O'KENNEY: ¿Ya la habían asaltado? No recuerdo.

LEMMES: No es la primera vez que tiene que saltar una tapia.

O'KENNEY: Mirá la Tere.

ETCHEVESTE: Después describe que anduvieron a los tiros, que intentaron con el Banco de La Pampa, que quedaron desorientados. Uno, parece, leyó Banco de Crédito y cruzaron a robar el Museo, los pelotudos. Encerraron a la empleada y una vecina en el baño y revolvieron todo. Al irse, le tirotearon la fachada.

BLEGINNI: Qué boludos, lo único de valor ahí era la Amazona y no se avivaron.

LEMMES: Menos mal, con esa loca nunca se sabe. Zaldívar.

ZALDÍVAR: Diga, Doctor.

LEMMES: Óigame, Zaldívar, déjese de joder con eso de Doctor. Lo mío son los animales, lo sabe de sobra.

ZALDÍVAR: Disculpe, Doctor, debe ser la costumbre, uno ya está grande para cambiar, vio. ¿Necesitaba algo?

LEMMES: Sí, Zaldívar. Usted que ha sido medio baqueano, nacido en las tolderías casi, ¿cuánto pueden durar en el monte estos tipos?

ZALDÍVAR: Difícil saberlo, Doctor. No mucho. Pero si se metieron en el monte no creo que lo vayamos a saber nunca.

LEMMES: ¿Cómo es eso?

ZALDÍVAR: Si saben salir, no los encuentran más. Si no conocen, se mueren ahí. El resultado es el mismo.

LEMMES: Sirva otra ronda, quiere.

ETCHEVESTE: Oigan, parece que los chambones le erraron de pueblo.

O'KENNEY: ¿Qué decís?

ETCHEVESTE: “También trascendió que los delincuentes equivocaron el rumbo pues el destino final del robo iba a ser en la vecina localidad de Victorica, lugar en el que sí funcionan bancos y en el que ayer se realizarían unos pagos”.

BLEGINNI: ¿Así que nos querían afanar a nosotros?

PRIMER PASO

El Banco, en verdad, estará cerrado.

Siempre pasa así en los pueblos.

Abren una vez por semana.

Pero ese martes, cuando ustedes lleguen, va a estar cerrado.

El Banco no abre los martes, sino los miércoles.

Que esté cerrado no será un problema, al contrario.

Eso, para nosotros, es una ventaja: casi no habrá policías.

No vamos a buscar las jubilaciones de los viejos.

No queremos la prensa cebándose con nosotros, exigiendo nuestras cabezas.

Eso ya sucedió y no se repetirá.

ETCHEVESTE: “Cayó toda la banda”. La tapa muestra un helicóptero venido a pique.

O’KENNEY: Buen título. Previsible, pero certero.

ETCHEVESTE: “El helicóptero en el que viajaba la banda que asoló Telén el martes luego de su caída en cercanías de Zárate. Los cinco individuos fueron apresados. La policía estima que su próximo golpe sería el supermercado Norte de Zárate”. Parece que la nave no podía hacer viajes muy largos. “El piloto se encuentra hospitalizado con fracturas múltiples, mientras los otros cuatro están presos en Campana”.

BLENGINNI: No dan los números. Se perdió uno.

LEMMES: ¿Seguro?

BLENGINNI: Si hay algo que manejo bien, Lemmes, es eso.

O’KENNEY: Eran cinco, ¿no?

ETCHEVESTE: Sí. Cuatro están presos y el piloto internado con medio cuerpo quebrado.

LEMMES: Ahí tenés los cinco, Nesto.

BLENGINNI: No. Cinco en el auto más el piloto. Pagá la ronda, Lemmes. Seguí leyendo.

ETCHEVESTE: “Dentro de la nave se encontraron chalecos antibalas, clavos miguelitos y armas de guerra, según confirmó Gendarmería. También se habría encontrado algo de droga, pero no se estableció de qué tipo”.

BLENGINNI: Eso no está bien.

O’KENNEY: ¿No te gustan las armas o las drogas?

BLENGINNI: Gracioso. En los otros diarios decía que agarraron a tres tipos, contando el piloto. Unos hablan de

un bolso lleno de armas y otros la droga ni la mencionan. Cómo macanean estos de La Arena.

LEMMES: Qué podés esperar de los Santesteban.

O'KENNEY: A ver, buscá en los otros diarios, Pepé.

ETCHEVESTE: El Diario dice que estaban armados hasta los dientes, que tenían más poder de fuego y armamento que el que había en el pueblo. Es más, se llevaron una 9 y una ametralladora sin cargador ni balas.

LEMMES: Ni balas tenían esos milicos, qué chasco. Son oficinistas.

ETCHEVESTE: Tenés razón, Nesto. Acá aclaran que son tres los detenidos. El piloto y otros dos, con antecedentes. El piloto está internado y con custodia, no le creen que no sabía nada.

BLENGINNI: Hay cosas que no están claras.

O'KENNEY: ¿Cuáles?

BLENGINNI: Una, la cantidad, cinco o seis.

O'KENNEY: Concedida.

BLENGINNI: Dos, ¿sabemos cuántos agarraron?

ETCHEVESTE: No.

BLENGINNI: Tres, el horario.

LEMMES: ¿Qué tiene?

BLENGINNI: La Reforma dice que empezó cerca de las 9:45, La Arena a las 10 puntual y El Diario menciona las 10:15. Una diferencia importante, ¿no les parece?

O'KENNEY: ¿Qué insinuás?

BLENGINNI: Todavía nada.

O'KENNEY: ¿Hay más?

BLENGINNI: Sí. No se ponen de acuerdo en el raid delictivo. Unos dicen que primero coparon la comisaría y después hicieron el resto. Pero otros dejan la comisaría para el final.

O'KENNEY: No sería lógica esa última opción.

BLENGINNI: No, a no ser...

LEMMES: ¿Qué sugerís?

BLENGINNI: Nada. Capitán, me trae un cortado. Todavía nada.

SEGUNDO PASO

Conseguirán, sabrán cómo hacerlo, un coche cómodo, amplio.

Un auto común, que no llame la atención, un Ford estaría bien, pero no demasiado nuevo.

Repasemos el itinerario, no queremos que un auto lleno de tipos lindos como ustedes levante sospechas en la caminera de Catriló.

Agarrarán la 5, el último pueblo antes de entrar a La Pampa es De Bary, pasando Pellegrini.

Vayan atentos, apenas se ve desde la ruta, son veinte casas como mucho.

A mil metros bajarán a la derecha en un camino vecinal y seguirán 20 km hasta toparse con el meridiano, harán una Z y llegarán a Relmo.

Ahí tomarán la 1 hacia el norte, dos leguas y empalmarán con la 10 hacia el oeste, derecho hasta el objetivo.

No tienen cómo perderse.

O'KENNEY: Don Augusto, ¿me trae uno doble?

ZALDÍVAR: Saliendo.

O'KENNEY: Gracias. Seco.

LEMMES: ¿Cómo sigue la novela de nuestros vecinos?

ETCHEVESTE: Al parecer, mantiene el rating.

LEMMES: Hasta que pase otra cosa, como siempre.

O'KENNEY: Leé las novedades, Pepé.

ETCHEVESTE: “A las 19 de ayer fue detenido un sujeto apodado ‘Bicho Blanco’ que tenía en su domicilio armas de grueso calibre que podrían ser las robadas del helicóptero caído”.

LEMMES: O sea que armas había.

ETCHEVESTE: También dicen que el Bicho este tenía una lista con clientes, vendía armas y municiones ilegales, varios de ellos en nuestra provincia.

BLEGINNI: Debe haber más de un juez prendiendo velas.

O'KENNEY: Se pone buena la novela; suma vicisitudes, que le dicen.

LEMMES: Eso es pescado podrido. No ven un helicóptero, se les escapan dos tipos medio rotos después de caer el aparato ese, ¿y de repente encuentran a un cuatro de copas con las armas?

ETCHEVESTE: Al parecer los dos detenidos ya habían estado en cana.

O'KENNEY: Eso no es novedad, Pepé.

ETCHEVESTE: No hay mucho más, después repiten lo de ayer y lo del miércoles.

LEMMES: Claro, por eso inventan, ponen cosas, como lo de las drogas.

BLENGINNI: No sería raro que se metan un poco de coca para darse coraje. Conozco casos.

ETCHEVESTE: Parece que mandaron una comisión policial a investigar *in situ*.

BLENGINNI: Cómo afanan con los viáticos. ¿Vieron el circo que armaron acá?

TERCER PASO

Saldrán a la madrugada, con tiempo de sobra.

Irán despacio, atentos.

Serán cuidadosos, no hablarán con nadie.

Por unas semanas ustedes no existirán, se borran, hacen buena letra.

No van a robar un Banco simplemente.

Acá hay metida gente que ustedes ni sospechan.

Retomemos: recorrerán los 700 km en un coche que después descartarán.

Lo dejarán al costado de la ruta, lo tirarán a un zanjón, no importa, porque no volverán en ese auto.

Entrarán al pueblo, a las diez de la mañana, por la avenida principal.

ETCHEVESTE: Oigan esto que aporta La Reforma. Se titula: “El aire es gratis”.

LEMMES: Parece joda ya.

ETCHEVESTE: “Un dato interesante es que en la provincia de La Pampa no existen radares que puedan detectar el vuelo de aeronaves, lo cual deja al descubierto cualquier tipo de accionar delictivo...”. ¿Sabían eso?

O’KENNEY: Es para tenerlo en cuenta.

ETCHEVESTE: También dice que el helicóptero se vino abajo por una pelea entre los cacos.

LEMMES: Ya estás hablando como los periodistas, Pepé.

O’KENNEY: Que hablan como los canas.

BLENGINNI: Que hablan como los abogados.

O’KENNEY: Qué noveleros se ponen.

LEMMES: Son poco serios.

ETCHEVESTE: ¿Quiénes?

LEMMES: Los periodistas.

O’KENNEY: Los chorros.

BLENGINNI: Los abogados, Pepé.

LEMMES: ¿No decían que el aparato no podía hacer trayectos largos y por eso se vino a pique?

ETCHEVESTE: “Una versión que se conoció recientemente indica que el helicóptero Ranger Bell 3 estrellado en Zárate se habría reabastecido de combustible en un campo cercano a la localidad de Colonia Barón”.

BLENGINNI: Pepé, tu amigo el Turco...

ETCHEVESTE: ¿Qué pasa?

BLENGINNI: ¿No tiene una estancia por ahí?

ETCHEVESTE: La Lonja.

BLENGINNI: Pepé, no te hagás. Todos sabemos que usa aviones y helicópteros para volar de Buenos Aires al campo. Sin ir más lejos, las veces que anduvo por acá haciendo negocios, vino en un bicho de esos.

ETCHEVESTE: Tenés mucha imaginación, Nesto.

CUARTO PASO

Lo primero que harán será copar la comisaría.

Será el oeste, pero no es Fuerte Apache.

Son milicos de pueblo, oficinistas, y solo habrá dos, tres como mucho.

Después de reducir a los policías, los golpearán y les sacarán las armas.

Serán las únicas que tengan; durante el trayecto viajarán limpios.

Les pegarán para asustarlos, para que sepan que la mano viene pesada.

Eso creerán, y eso declararán después, y es necesario que así sea.

Es un trabajo limpio, no puede haber muertos.

No querrán una cacería sobre ustedes.

LEMMES: ¿Hay novedades?

O'KENNEY: Pan y circo.

LEMMES: Pan... poco. Si parece que volvimos a la edad de piedra con eso del trueque.

ETCHEVESTE: A falta de pan... Trajeron a los dos detenidos con un operativo medio guarango: dos combis, tres patrulleros, varios comisarios y una tropa de veinte policías de esos tipo Robocop.

LEMMES: ¿Tenían miedo que se les escapen?

O'KENNEY: Tal vez sean pesados en serio. En otros casos ya hubieran caído los cómplices y hasta ahora no tienen nada. Si fueran medio pelo ya hubieran cantado. Por algo no hablan.

LEMMES: O son profesionales o son unos perejiles que tienen un cagazo bárbaro.

BLENGINNI: Apuesta en marcha: perejiles.

LEMMES: Profesionales.

ETCHEVESTE: Perejiles.

O'KENNEY: Voy con el Doctor, que tiene el ojo clínico.

LEMMES: Es buena esa.

O'KENNEY: A ustedes que son familia, más que la familia digamos, se los presto. Pero no me lo usen mucho porque los chistes, como todo, se estropean con el uso.

ETCHEVESTE: Hablando de chiste... por la foto no parecen muy profesionales los chorros. En pantalones cortos y ojotas.

LEMMES: Tomar un comisaría, tirotear medio pueblo para robar dos bancos, y los tipos en ojotas.

O'KENNEY: Cada pueblo tiene los chorros que se merece.
Los telenenses nunca tuvieron glamour.

ETCHEVESTE: “Los delincuentes pertenecen a una banda de piratas del asfalto integrada por unas veinte personas”.
Tienen antecedentes de robo calificado, privación de la libertad, etcétera. Después sigo, me meo.

LEMMES: Zaldívar.

ZALDÍVAR: Diga, Doctor.

LEMMES: ...

ZALDÍVAR: ...

LEMMES: Usted que dio la vuelta al mundo en barco, ¿vio piratas alguna vez?

ZALDÍVAR: Donde haya barcos, habrá piratas, Doctor.

BLEGINNI: La Casa de Gobierno, ahí en el Centro Cívico.

O'KENNEY: Ese Clorindo Testa sabía lo que hacía.

LEMMES: Nunca vi barcos en la pampa. ¿Usted, Zaldívar?

ZALDÍVAR: La Pampa es un viejo mar, dicen.

LEMMES: No joda, Zaldívar.

ZALDÍVAR: Créame.

LEMMES: ¿No estará chocheando?

ZALDÍVAR: Arrímese a la ruta, Doctor, y mire largo. Verá cómo no tarda en aparecer un mar luminoso.

LEMMES: Déjese de joder, que para las metáforas lo tenemos acá al irlandés. ¿Me trae una bien helada y una picadita?

O'KENNEY: Qué cosa este Pepé.

LEMMES: ¿Se guardó algo?

O'KENNEY: “El aparato pudo repostar combustible en un campo cercano a Colonia Barón”.

LEMMES: Eso no es novedad.

O'KENNEY: “Esta situación estaría relacionada, a su vez, con un posible vínculo laboral que habría tenido el piloto del aparato con un empresario que estaría ligado al comercio de la carne y tendría una explotación en una zona donde habría sido divisado el helicóptero”.

BLEGINNI: Turco pirata.

QUINTO PASO

Después irán hacia el Banco, que estará en diagonal, a una cuadra exacta de la comisaría.

Ese trayecto lo realizarán en grupos.

Dos irán en el auto, exhibiendo esa sensación de seguridad y confianza que es necesaria en estos casos.

Vigilarán los alrededores, atentos a cualquier movimiento extraño, porque nunca se sabe con esos paisanos.

Escopetas y fusiles sobran en estos pueblos de cazadores.

Y nunca falta el loco de la guerra que hace estallar todo.

Atentos, ya ha pasado.

Dos en el coche, los otros a pie, en atención a las capacidades de cada uno.

Llegarán al Banco y lo encontrarán cerrado.

Mostrarán sorpresa, confusión, enojo.

LEMMES: A ver Pepé, leé las novedades sin saltarte nada esta vez, ¿puede ser?

ETCHEVESTE: No sabía que fuera contagiosa la paranoia. “¿Cuál fue el móvil?”.

LEMMES: Ni idea. ¿Cómo querés que sepa?

ETCHEVESTE: No era una pregunta. Es el titular de La Reforma.

LEMMES: ¿No fueron a afanar un banco?

ETCHEVESTE: “Una pregunta todavía gira en la cabeza de los investigadores ya que se desconoce cuál fue el móvil de los hechos registrados en Telén, porque hasta ahora se desconoce si se trató de robo, ajuste de cuentas o venganza”.

O’KENNEY: Cuánta redundancia, por Dios.

ETCHEVESTE: ¿Cómo?

O’KENNEY: Ajuste de cuentas y venganza son lo mismo, che. ¿Dónde aprenden a escribir?

BLENGINNI: En las Academias Pitman.

ETCHEVESTE: “¿Hubo un entregador local?”.

LEMMES: Te viniste preguntón hoy.

ETCHEVESTE: Otro titular. “Una alta fuente ligada a la investigación del extraño caso confió a esta hoja que otra de las hipótesis en la que trabajan es la existencia de un supuesto entregador local...”.

O’KENNEY: Descubrieron la pólvora.

ETCHEVESTE: “... en función de que el Banco de La Pampa iba a transportar una importante suma de dinero que rondaría entre los 200 y 300 mil pesos”.

BLENGINNI: Eso tiene más sentido. ¿Ustedes creen que los tipos van a armar semejante quilombo para pegarle unas cachetadas a dos milicos? ¿De qué ajuste de cuentas hablan estos?

SEXTO PASO

Alguno de ustedes, no todos porque no es una farsa, puteará un poco.

Otro gritará, con la necesidad de ser oído, para que la gente se asome a la vereda.

Patearán la puerta, exhibirán las armas y dispararán, impotentes, contra las ventanas.

Con mucho escándalo.

Su objetivo, en este punto, será llamar la atención.

No querrán pasar desapercibidos.

El pueblo entero deberá saber que están ahí.

LEMMES: ¿Hay novedades?

ETCHEVESTE: Los canas están cagados hasta las patas.

O'KENNEY: ¿Les van a pagar con patacones?

BLENGINNI: Como esto siga así.

ETCHEVESTE: Hay preocupación por un posible intento de “rescate” de los dos detenidos.

LEMMES: ¿Insisten con eso? No habíamos quedado que esos eran perejiles en ojotas.

O'KENNEY: No se sabe bien. Y así mantienen entretenida a la tropa. Les levantan un poco la moral después del papelón.

ETCHEVESTE: Reforzaron las guardias y las camineras.

LEMMES: Circo.

ETCHEVESTE: “Se está prestando especial atención a la gente que ingresa de Buenos Aires, porque desde el conurbano bonaerense han llamado a una dependencia de aquí de Santa Rosa de manera un tanto sugestiva y tratando de interiorizarse por estas dos personas”.

O'KENNEY: ¿Preguntarían el número de celda?

LEMMES: ¿El grosor de los barrotes?

ETCHEVESTE: “Esta gente está vinculada a los altos niveles del hampa, porque si tomamos en cuenta que desplazaron un helicóptero para venir a robar, no son ningunos nenes de pecho, enfatizó el jefe Gorris”.

O'KENNEY: Yo hubiese mandado un abogado, para qué quemarse usando teléfonos.

LEMMES: Circo.

BLENGINNI: No van a ser los primeros en usar un helicóptero.

O'KENNEY: De la Rúa.

LEMMES: Menem Jr.

ETCHEVESTE: Galtieri.

BLENGINNI: No, Pepé. Capitán, anótele la ronda. Galtieri llegó en auto.

ETCHEVESTE: Acá dicen que Sdrech, el de TN, los relacionó con unos que intentarían rescatar a otro compinche detenido en la cárcel de Junín.

LEMMES: Circo.

ETCHEVESTE: “En lo que respecta a este punto se conoció de fuentes policiales que uno de los sujetos tendría en su haber un homicidio en ocasión de robo y desde los 80 andaba dando vuelta por las cárceles. Mientras que el otro también es considerado como de extrema peligrosidad y carcelero recalcitrante”.

O’KENNEY: Volvió el novelista.

LEMMES: ¿Carcelero no es el penitenciario?

BLENGINNI: Academias Pitman.

ETCHEVESTE: Están preocupados porque si los testigos no los reconocen se les cae la causa.

O’KENNEY: Si los vieron todos.

BLENGINNI: Es lógico. Tres siguen prófugos. Y si no mienten, la banda son como veinte.

ETCHEVESTE: “Gorris indicó que el helicóptero figura a nombre de la empresa Helicopter Company SRL. Es una empresa privada, pero la situación es muy particular porque no se dedica al alquiler. Además, es una empresa que tiene un único helicóptero, el que se cayó”.

LEMMES: Parece joda.

ETCHEVESTE: “Gorris aclaró que los delincuentes no tenían preconvención un punto de encuentro con el helicóptero,

sino que el piloto sobrevoló la zona hasta que ubicó el Ford Orion”.

BLENGINNI: ¿No será de tu amigo?

ETCHEVESTE: ¿De qué hablás, Nesto?

BLENGINNI: De la empresa fantasma, la Helicopter Company SRL.

SÉPTIMO PASO

Uno de ustedes, sorprendido, señalará el cartel de un edificio ubicado enfrente.

Con una tipografía sólida se leerá Banco de Crédito Rural.

Corriendo cruzarán la calle.

Al trasponer la puerta verificarán que la promesa del nombre será otra sorpresa, otro de los engaños que les deparará el pueblo.

Vitrinas, puntas de flecha, monturas, folletos.

Y una mujer aburrida tomando mate.

No desesperen.

ETCHEVESTE: Ahora apareció la mujer de uno de los policías.

O'KENNEY: ¿Aporta algo?

ETCHEVESTE: No. Agradece el apoyo que recibió de parte de las instituciones y vecinos en el mal trance que los tuvo como protagonistas.

LEMMES: Qué noveleros se están volviendo.

BLENGINNI: Deben estar cortos de material. ¿Hace cuánto que estamos con este caso?

LEMMES: ¿Diez días?

O'KENNEY: Está bien. Aporta el aspecto sentimental que toda buena historia debe tener.

LEMMES: Y humaniza un poco a los canas.

O'KENNEY: Exacto.

LEMMES: Zaldívar, un cortado.

ZALDÍVAR: Enseguida.

LEMMES: A ver, espérese un minuto. ¿Usted qué opina?

ZALDÍVAR: Depende, Doctor.

LEMMES: ¿Cómo dice?

ZALDÍVAR: Que depende de la pregunta.

LEMMES: Deje, Zaldívar. Tráigame el café, quiere.

ETCHEVESTE: Parece guionado esto: los testigos no pudieron reconocer a los detenidos.

LEMMES: Qué cagones estos telenenses.

O'KENNEY: Todos no. El Cachuca Lagos presentó batalla.

ETCHEVESTE: Pero los dos policías sí los identificaron.

LEMMES: Con el papelón que hicieron.

O'KENNEY: Ya bastante pelotudos quedaron para que ahora no reconozcan a los chorros.

BLEGINNI: No creo que pudieran reconocer ni a la madre.

O'KENNEY: ¿Por?

BLEGINNI: ¿Vos viste cómo les dejaron la jeta?

OCTAVO PASO

Ese Museo funciona en el edificio de un antiguo Banco.

Exigirán que les sea entregada la plata, toda.

La empleada no entenderá nada, y es mejor que así sea.

Es una buena señal.

A la mujer la encerrarán en el baño, no queremos que sepa que bajaron al sótano.

Serán rápidos, tendrán pocos minutos para actuar.

El que se quede arriba revolverá todo, mostrando impaciencia, furia, en especial con la bóveda de exhibición, de señuelo.

ETCHEVESTE: Acá dice que no es la primera vez que pasa.

LEMMES: Yo no recuerdo que a nuestros vecinos los hayan asaltado antes. ¿Usted, Zaldívar?

ZALDÍVAR: No así. Si la memoria no me falla hubo, sí, un tiroteo importante, pero fue acá y hace como cien años. Seguro lo estudiaron en la escuela. Algún bisabuelo de ustedes debe haber participado.

ETCHEVESTE: No hablaba de su pueblo.

O'KENNEY: ¿A ver?

ETCHEVESTE: A fines del 99 en Trenel. Muy parecido. Se llevaron 760 lucas.

LEMMES: ¿No le habrán errado de lugar? "Chorros con dislexia". Decime Lito si no es buen título.

O'KENNEY: Concedido.

ETCHEVESTE: Veinte días antes asaltaron el banco en Quemú, 30 mil. El año pasado cinco tipos en General Campos coparon la comisaría y fueron al banco. Esta vez no se llevaron nada, no pudieron con la caja fuerte.

O'KENNEY: ¿Serán los mismos?

ETCHEVESTE: En todos los casos, escapan en un auto y lo dejan a los pocos kilómetros.

LEMMES: No son giles. Estos pueblos están lejos de cualquier ciudad grande, con villas, donde se puedan esconder. Mucha distancia.

O'KENNEY: Es riesgoso. Aunque cambien de coche, las camineras y los operativos son celosos.

BLENGINNI: Hace años hubo un robo así en Catrilo o cerca. ¿Saben cómo eludieron el cerco?

LEMMES: Se escondieron.

BLENGINNI: No. No funciona eso.

LEMMES: ¿Entonces?

BLENGINNI: Desaparecieron en la ruta, se evaporaron.

O'KENNEY: No jodas, Nesto.

LEMMES: ¿Dónde estaban?

BLENGINNI: Hicieron magia.

ETCHEVESTE: ¿Qué decís?

BLENGINNI: Que hicieron un truco de magia. Tenían un camión grande. Metieron todo adentro, hasta los chorros. Y los policías buscaban cinco tipos en un auto.

O'KENNEY: Es buena esa.

BLENGINNI: Sí, era. Uno de los canas de la caminera recordó haber visto un camión grande, demasiado.

O'KENNEY: Tuvieron tiempo de rajar.

BLENGINNI: Sí, pero se confiaron, se pasaron de vivos y se quedaron por la zona.

ETCHEVESTE: Parece que se volvieron paranoicos.

LEMMES: ¿Nosotros?

ETCHEVESTE: Los policías. Creen que puede haber otros asaltos.

O'KENNEY: Qué bolazo es ese.

ETCHEVESTE: "ALERTA: La policía de La Pampa contaría con información que indicaría que hechos violentos como los ocurridos en Telén podrían repetirse en otras localidades pampeanas. Las pistas señalaban a Miguel Riglos y Macachín como posibles blancos".

O'KENNEY: Desconfío.

LEMMES: A ver.

O'KENNEY: La clave, de nuevo, está en los verbos.

LEMMES: ¿Eso lo aprendiste leyendo a Joyce?

O'KENNEY: Entre otras cosas. Los verbos están en potencial, no confirman nada.

LEMMES: Se lavan las manos.

O'KENNEY: Exacto. Lo dicen pero no.

BLENGINNI: Y de paso mueven canas por toda la provincia. Adicionales, viáticos, lo de siempre.

ETCHEVESTE: También en Realicó están reforzando hasta las rutas. Dicen que es porque acá todavía quedan pesos.

O'KENNEY: Esa bola la largó Marín, para anotarse un poroto.

LEMMES: Ojalá no suceda nada, así nuestros vecinos no pierden notoriedad, una vez que pasa algo en ese cementerio.

ETCHEVESTE: Parece que hay un informante que pasó la data.

BLENGINNI: ¿Hablás de los robos por venir o del nuestro?

NOVENO PASO

Ahora presten atención.

La caja del sótano tiene un doble fondo y un mecanismo complicado.

No pongan esas caras, la bóveda tendrá cien años, pero se ha estado usando cada tanto.

Si encuentran algo de valor, se lo quedan.

Gentileza de la casa.

Pero no se entretengan con eso.

El trabajo de ustedes es otro, no se les olvide.

A la salida necesitarán otro auto.

¿Alguna duda?

ETCHEVESTE: Qué fiasco. La Arena nada. La Reforma menos.

O'KENNEY: ¿Los Nemesio?

ETCHEVESTE: Los tipos sortearon dos nuevas rondas de reconocimiento.

LEMMES: Traducí.

ETCHEVESTE: Que no los pudieron reconocer.

BLENGINNI: Hay miedo.

ETCHEVESTE: Y está comprobado que pararon en el campo de Alberto a buscar combustible.

BLENGINNI: Está muy bien eso, Pepé. No hay que negar a los amigos, nunca.

LEMMES: Decíselo a Perico eso.

BLENGINNI: Es distinto, Lemmes.

LEMMES: ¿Distinto cómo?

BLENGINNI: Otra época, otros ámbitos. Nunca fuimos amigos, no te confundas. Además, se le fue la mano. Apretó de más. ¿O ya te olvidaste el quilombo que se armó hace unos años? No necesitamos salir en las noticias, que venga el GEO armado hasta los dientes, que todo el pueblo pida sangre y que los pelotudos se la den.

ETCHEVESTE: No sirve para los negocios, Lemmes.

BLENGINNI: No solo se le va la mano. En cualquier momento se va de boca.

DÉCIMO PASO

Antes de irse pongan sus documentos acá.

También dejen las pertenencias que permitan reconocerlos.

En esta bolsa tienen sus nuevas identidades, hay tiempo de sobra para aprendérselas de memoria.

No hablarán de sus vidas privadas, queremos que sigan sin conocerse, sabrán entender.

Descansen bien, los necesitamos despiertos y motivados.

Nada puede salir mal.

O'KENNEY: Cómo decayó la novela, che.

LEMMES: No pueden mantener nada. Zaldívar.

ETCHEVESTE: La Reforma abandonó hace rato.

ZALDÍVAR: Doctor...

LEMMES: Diga, el pueblo suyo, ¿siempre fue así?

ZALDÍVAR: ¿Así cómo, Doctor?

LEMMES: Zaldívar...

ZALDÍVAR: Lo escucho. Estaré viejo, pero a esta distancia lo oigo clarito.

LEMMES: No pongo en duda su oído. Hablando de eso, ¿qué se oye entre los vecinos?

ZALDÍVAR: Nada que no haya salido en los diarios.

LEMMES: ¿Siempre se conformaron con tan poco?

ZALDÍVAR: No, Doctor. En los días de la Colonia, con los franceses, era un pueblo ambicioso, pujante.

LEMMES: ¿Qué les pasó que se vinieron abajo?

ZALDÍVAR: No sé, Doctor, yo no había nacido. Disculpe, tengo que hacer. ¿Le traigo algo?

LEMMES: Sí, Zaldívar. Cuando pueda, traiga alguna novedad.

BLENGINNI: ¿Me trae un cortado, Capitán?

ETCHEVESTE: La Arena tiene unas líneas.

O'KENNEY: Cuánta abstinencia. Leé, Pepé.

ETCHEVESTE: “Los dos apresados por el frustrado copamiento a Telén continuarán detenidos en la Seccional Sexta hasta que los procesamientos por cinco delitos dictados por el juez Gustavo...”

LEMMES: ¿Adolfo?

ETCHEVESTE: Sí.

O'KENNEY: El poeta.

BLENGINNI: El general.

O'KENNEY: ¡Qué grande le quedan esos nombres!

BLENGINNI: Lo que le queda grande es la causa. Más grande que el robo a los chorros. Encima se tendría que haber apartado.

O'KENNEY: ¿Qué decís?

BLENGINNI: Que Su Señoría se tendría que haber excusado en la causa. Si hay alguien armado hasta los dientes, ese es Su Señoría. Sería raro que no aparezca seguido en la libreta con clientes que tenía ese...

LEMMES: Bicho Blanco.

DÉCIMO PRIMER PASO

Hay algo que deben saber, un antecedente.
Hubo un caso hace años en un pueblo similar, un trabajo limpio que terminó mal.
Cuatro tipos, un Banco, la siesta, dos empleados, hasta ahí todo fácil.
Al salir se cruzaron con un policía y le dispararon.
A la gente no le gustó, la plata estaría asegurada, no era problema, pero al cana lo apreciaban.
Los tipos no conocían el lugar, se despistaron.
Perdieron tiempo y les bloquearon las dos únicas salidas.
Los encerraron dentro del pueblo.
Y después los cazaron, despacio, disfrutando.
Por cosas como estas es que tampoco queremos muertos.
La sangre reclama sangre.

ETCHEVESTE: Apareció el piloto.

LEMMES: ¿Qué dice?

O'KENNEY: Qué querés que diga. Seguro se victimiza.

ETCHEVESTE: ¿No serás brujo?

O'KENNEY: ¿Por?

ETCHEVESTE: “Fui la peor víctima de todo, me hicieron volar hasta que se me acabó el combustible, me quebré todo y los tipos salieron ilesos. Insisto, estoy detenido y soy la peor víctima”.

O'KENNEY: Pepé, era obvio que iba a decir eso.

LEMMES: ¿Nada más?

ETCHEVESTE: Después explica que los delincuentes lo contrataron con anticipación, en Buenos Aires, pagándole una parte por adelantado.

O'KENNEY: Seguí.

ETCHEVESTE: “Todo era normal, los que me contrataron me dijeron que tenían que ir hasta un coto de caza de la zona de Victorica para buscar dos cazadores extranjeros...”.

BLENGINNI: Ya me imagino cuál.

ETCHEVESTE: “... Cuando se concretó el viaje, me piden que pare en el medio del desierto y me ponen una pistola en la cabeza diciéndome que teníamos que esperar a unas personas para después ir a Buenos Aires”.

O'KENNEY: Seguí.

ETCHEVESTE: “Me cambiaron toda la jugada, llegan seis tipos en un auto y se suben al helicóptero que quedó desbordado en su capacidad, que es para cinco. Casi nos matamos

al salir en proximidades de Telén, venían falopeados y entre ellos estaba el que me había contratado”.

BLENGINNI: Pasaron cuatro semanas y todavía no sabemos cuántos eran.

O’KENNEY: Dice que seis. Aunque los testigos en el pueblo hablaban de cinco.

LEMMES: Macanea.

O’KENNEY: El sexto hombre tal vez no entró al pueblo. Se quedó en las cercanías para hacer el contacto con el helicóptero.

ETCHEVESTE: “Callate la boca...”.

O’KENNEY: Epa, ¿y ahora qué te pasa? Don Augusto, otra vuelta.

ETCHEVESTE: Estaba leyendo, Lito. “Callate la boca, ya vas entender, me dijeron cuando empecé a advertirles que no alcanzaría el combustible. Pero el que me contrató ya me había tanteado sobre qué tipo de combustible utilizaba la máquina. Le había dicho que tanto nafta, como gasoil o querosene”.

O’KENNEY: Hasta ahí suena verosímil.

LEMMES: Macanea, te digo.

ETCHEVESTE: “Ya en vuelo me dicen que bajara en cualquier campo para robar gasoil y fui para lo de Samid”.

BLENGINNI: Mirá quién apareció, Pepé.

ETCHEVESTE: “Esa mañana había partido temprano desde Lincoln y decidí ir de paso al campo de Samid, a quien conozco porque le piloteé algunos aviones, incluso estuve tomando mate con él...”.

BLENGINNI: ¿Cómo es eso que dicen ustedes los abogados, Pepé?

ETCHEVESTE: “Fui a buscar a un tipo que estaba en Eduardo Castex, siempre con la historia ésta de recoger a los cazadores extranjeros para luego llevarlos a Santa Fe porque estaban interesados en comprar unos campos”.

LEMMES: A confesión de parte.

BLENGINNI: Relevó de pruebas.

DÉCIMO SEGUNDO PASO

El pueblo queda lejos de todo, es imposible escapar en auto.

En dos minutos arman un operativo cerrojo.

Eso ya lo habrán imaginado, no llegarían muy lejos.

No se preocupen, pensamos cada detalle.

Buscarán la ruta, hay un monolito, ahí tomarán el camino marcado en el plano.

No olviden quemarlo.

Seguirán dos leguas hasta que se termine la huella y ahí, ustedes, abracadabra, desaparecerán.

O'KENNEY: Leé, Pepé. A ver qué dice tu amigo.

ETCHEVESTE: ¿Les debe algo el Turco?

BLENGINNI: No es momento, Pepé. Ahora estamos preocupados por nuestros vecinos. Y tu amigo tiene mucho que decir.

LEMMES: Zaldívar, cuando se desocupe venga un momento.

ZALDÍVAR: En un minuto.

ETCHEVESTE: “Que la gente piense lo que quiera: que me robé los 88 millones de dólares, como decía Cavallo, o que mandé a robar 300 pesos a ocho tipos en un helicóptero”.

BLENGINNI: ¿Cuántos?

O'KENNEY: Ocho.

LEMMES: Si seguimos así, en dos semanas fue la banda completa, los veinte.

O'KENNEY: Me parece que el Turco metió la pata.

BLENGINNI: Siempre fue muy bocón.

ETCHEVESTE: “Ese muchacho fue mi piloto de aviones en los años 93 y 94. Después tuve un helicóptero que para mantenerlo lo alquilábamos y también lo manejó él. Un día tuvo que llevar unos turistas a Chascomús y la máquina se cayó adentro de la laguna. El incidente se debió a una maniobra temeraria que hizo este muchacho, los pasajeros se salvaron, pero el helicóptero quedó totalmente destruido”.

LEMMES: Zaldívar, tenía razón usted.

ZALDÍVAR: ¿Cómo dice?

LEMMES: Hay naves en la pampa.

ZALDÍVAR: ...

LEMMES: Deje, no me haga caso. Tráigame un cortado.

O'KENNEY: Hasta acá le habían echado la culpa al combustible o a una pelea entre los chorros.

BLENGINNI: ¿Qué más dice nuestro amigo Samid?

ETCHEVESTE: “Después me fui con el encargado del campo a Eduardo Castex a comprar unos repuestos y más tarde nos trasladamos a Colonia Barón”.

BLENGINNI: Eduardo Castex.

O'KENNEY: ¿Qué decís?

BLENGINNI: Se pisaron solitos, los boludos.

LEMMES: Explicá, Nesto.

BLENGINNI: El piloto de los chorros trabajó para Samid. El día del asalto tomaron mate. El piloto fue a buscar un tipo a Castex. ¿Quién fue a buscar repuestos justo a ese pueblo, justo ese día? Seguí leyendo, Pepé.

ETCHEVESTE: “Cuando regresamos al campo ya era de noche y el muchacho que quedó encargado nos dijo que Álvarez había regresado al mediodía, que apareció caminando con otras dos personas y que el helicóptero lo había dejado en un campo vecino”.

O'KENNEY: Debe ser un repuesto difícil de encontrar, si volvió de noche. O el pueblo creció desde que anduve por ahí el mes pasado.

ETCHEVESTE: “Le pidió gasoil, porque se había quedado sin combustible. Ese fue el motivo por el que se cayó, porque no puede andar con gasoil. Mi empleado le dio 40 litros y los acercó con un tractor. Según mi empleado, allí había muchas personas más”.

O'KENNEY: ¿No era que andaba hasta con querosén?

BLENGINNI: ¿Qué más dice el Turco ese?

ETCHEVESTE: “Sé cuáles son las reglas de juego. Ustedes, como diario, venden más si en la noticia aparecen personajes como yo. Soy consciente de que no soy una persona, soy un personaje, y el calavera no chilla”.

DÉCIMO TERCER PASO

Esperen, no se vayan todavía.

Hay algo más.

Entre ustedes habrá un buchón, ya lo hay.

Ese hombre, ese topo, me responde directamente a mí.

¿Creían que les íbamos a entregar un trabajo grande, preparado al detalle, una cosa de nivel, y que nos quedaríamos ciegos, sordos y mancos?

hipótesis

La imaginación de la gente,
en estos pueblos, es feroz.

Kincón

MIGUEL BRIANTE

Existe un cuento famoso, “La carta robada”. Hace más de cien años que se lee como un relato policial, pero es una historia sobre lógica.

No va más

El Dos Anclas ha vuelto a la tranquilidad de siempre. Igual que don Augusto, ese capitán detrás de la barra. Anda un poco desconcertado, después de semejante alboroto. Se habló mucho, se dijeron demasiadas pavadas. Hasta él tuvo que declarar en el juzgado que improvisaron en la municipalidad porque la comisaría quedó chica para tantos testigos. No se queja, en cierta medida se lo esperaba. La Policía hizo un papelón, tenían que dar vuelta el pueblo entero para mostrar celo y profesionalismo.

Con el Boliche vacío puede seguir, atento, la charla de los Notables. Los ve raros, perdidos. No recuerda haberlos visto así. Pero los conoce, por eso desconfía. Desde el asalto, Zaldívar ha descuidado el trabajo y sabe que eso no es bueno. Alguien puede notarlo.

O'KENNEY: No está bien esto.

ETCHEVESTE: ¿Qué?

O'KENNEY: Demasiada tranquilidad.

LEMMES: Como siempre.

O'KENNEY: Cierto. Pero ya pasó más de un mes y no se sabe nada. Hace rato que los diarios no dicen una palabra, ni siquiera para repetirse.

LEMMES: Ya bastante novela hicieron, ¿no te parece?

ETCHEVESTE: La causa está en un punto muerto. Su Señoría ya les tomó declaraciones a los chorros, al piloto, a los vecinos. Hasta Alberto viajó a Santa Rosa a decir lo suyo.

LEMMES: Nadie se mueve de su versión.

ETCHEVESTE: No.

O'KENNEY: Y los chorros no delataron a nadie.

ETCHEVESTE: No.

LEMMES: Es raro eso.

O'KENNEY: No creas. Puede haber gente pesada arriba de ellos y los tipos tendrán familia.

LEMMES: Y la Colonia Penal no está tan lejos como para que no los alcance la larga mano de la vendetta.

O'KENNEY: Miren al poeta.

LEMMES: No solo no delataron, insisten en que no se conocen.

BLENGINNI: Eso ya lo sabemos. Pero hay cosas que no. Y eso no me gusta.

LEMMES: ¿Qué es lo que no te gusta?

BLENGINNI: Que se metan en nuestra zona. Los tipos son unos pinches. A mí me interesa saber quién está detrás del robo.

O'KENNEY: Dios mueve al jugador, y este, la pieza. ¿Qué dios detrás de Dios la trama empieza?

ETCHEVESTE: ¿Qué?

O'KENNEY: Nada. Borges.

BLENGINNI: Tampoco sabemos qué vinieron a buscar.

O'KENNEY: Plata. ¿Qué más van a querer?

BLENGINNI: Eso dicen.

LEMMES: ¿Se te ocurre algo?

BLENGINNI: Sí. Tiene razón Pepé, la causa está muerta. Todos contentos: agarraron a los tipos, a los que pudieron; al parecer, plata no falta.

LEMMES: ¿No te cierra?

BLENGINNI: A mí no me convence eso. Demasiado fácil.

ETCHEVESTE: ¿Qué querés hacer?

BLENGINNI: Averiguar la verdad.

ETCHEVESTE: ¿Vos?

BLENGINNI: Nosotros.

LEMMES: ¿Cómo sería eso, Nesto?

BLENGINNI: Cada viernes uno va a proponer una hipótesis sobre el robo. Y la va a defender. Así vamos a averiguar qué pasó acá. O al menos podemos intentarlo y de yapa matamos el aburrimiento. Me canso de hablar siempre de lo mismo.

O'KENNEY: Habría que pensarlo.

BLENGINNI: ¿Necesitás motivación?

O'KENNEY: ¿Otra apuesta?

BLENGINNI: Sí.

LEMMES: ¿Lo de siempre?

BLENGINNI: No. Ya no se trata de un juego de palabras, de rapidez.

O'KENNEY: Me interesa. Seguí.

BLENGINNI: Hacemos un pozo.

LEMMES: ¿Con qué se entra?

BLENGINNI: No se trata de plata. La plata va y viene.

O'KENNEY: Estoy adentro. No sé qué apostamos, pero acepto.

BLENGINNI: Cada uno pone algo grande, que valga la pena.

LEMMES: ¿Por ejemplo?

BLENGINNI: Vos, Lemmes, y es solo un ejemplo, podrías apostar el caballo que tanto querés, ese que gana siempre.

LEMMES: Ah, viene sería la mano.

BLENGINNI: Los quiero motivados.

ETCHEVESTE: Voy con la casona del abuelo, en la costa.

O'KENNEY: Tengo una colección de libros.

LEMMES: Ya sabemos, Lito. Además del valor sentimental o literario, ¿a nosotros para qué nos sirven?

O'KENNEY: Te sorprendería lo que pueden valer algunos.

ETCHEVESTE: ¿Y vos, Nesto? Lástima que la Amazona ya no corre.

BLENGINNI: Lástima. Siempre le tuviste ganas.

ETCHEVESTE: Como todos. ¿Se acuerdan cuando publicó ese cuento?

LEMMES: Lindo escándalo se armó.

ETCHEVESTE: Después de eso no volvió a escribir, ¿no?

BLENGINNI: Preguntale a Lito.

O'KENNEY: Con este lío del robo se le ocurrió hacer una novela con la historia de los dos pueblos, empezar desde Capdeville.

LEMMES: Ojo con eso. Repito: no olvidemos el quilombo que armó con un cuentito de terror.

O'KENNEY: ¿Tanto miedo por una historia de fantasmas?

LEMMES: No te hagás el inocente. Esa mina es una bomba de tiempo. ¿Sabías que tiene un cana viviendo en su casa?

BLENGINNI: ¿El pintor de brocha gorda?

ETCHEVESTE: Esa mina ya fue. Dale, Nesto, decí qué ponés.

BLENGINNI: Después les digo. No los quiero tan motivados.

ETCHEVESTE: Falta un detalle, me parece.

O'KENNEY: A ver, leguleyo.

ETCHEVESTE: Estamos hablando de hipótesis.

BLENGINNI: Sí.

ETCHEVESTE: Y sabemos que la causa está muerta, difícil que avance más.

BLENGINNI: Sí.

ETCHEVESTE: ¿Cómo vamos a resolver quién gana? ¿Quién va a determinar que una idea es más probable o sólida o verdadera?

LEMMES: Buen punto, Pepé.

O'KENNEY: ¿En eso ya pensaste?

BLENGINNI: Sí. Es fácil. Presten atención...

Hay un ministro –un chantajista– que se roba una carta, un documento que compromete a la Reina. Una situación compleja porque no la pueden hacer pública. Sabe que los policías van a dar vuelta su casa; que van a desarmar hasta la última pieza para encontrar esos papeles; que es imposible esconderlos ante la mirada estatal. Tampoco puede llevar la carta encima, se la quitarían sin darse cuenta siquiera.

Una provincia sin peso propio

O'KENNEY: No te quejés, Pepé. Puede ser mejor empezar.

ETCHEVESTE: No creo. Ustedes corren con ventaja. Tienen tiempo para aprender de los errores del anterior.

LEMMES: ¿En qué momento querés que hagamos la tarea?

O'KENNEY: Tuviste suerte, Pepé. Al último le quedan las peores posibilidades.

ETCHEVESTE: Protesto.

BLENGINNI: No ha lugar.

LEMMES: Dale, Pepé. ¿Empezás o no?

ETCHEVESTE: Como ya saben, sostengo la hipótesis oficial.

LEMMES: ¿No tendrás acceso a la causa?

ETCHEVESTE: Vamos, Lemmes. No estamos en la escuela.

O'KENNEY: Empezá de una vez, che.

ETCHEVESTE: Bueno. Los chorros son los autores materiales, ¿sí? Son cinco, el piloto no está metido. Lo contrataron engañado, fue y se comió el garrón. La historia que sostiene coincide con lo declarado por Alberto y los peones del campo. Nada raro hay en eso: habían tenido trato y ninguno desconoce en esta mesa que en el campo la gente hace ese tipo de gauchadas; no se deja a nadie en la estacada. Si Alberto hubiera estado cuando volvieron, tal vez sospechara, pero el peón cumplió con su deber.

BLENGINNI: ¿Autor intelectual?

ETCHEVESTE: Ellos. No hay nadie más. Había gente pesada, del ambiente, con antecedentes serios. No era la primera vez que hacían un asalto así. Es cierto que estaban lejos de su zona y que el helicóptero es una novedad. Pero no van a

negarme que hace tres meses aprendimos que un helicóptero puede salvarte las papas.

O'KENNEY: En vivo y en directo.

LEMMES: Y a usar un avión para bajar una torre.

ETCHEVESTE: No pueden ser perejiles. Unos cuatro de copas no se sostienen en sus trece como estos: a la primera apretada cantan hasta en inglés. A los tipos los agarran con el arma que le afanaron a Echavarría, los identifican los policías y el piloto, pero insisten en no conocerse, en no delatar al resto.

LEMMES: ¿Y si es verdad que no se conocían? ¿Y si los juntaron precisamente buscando eso, una especie de seguro por si fallaban? No se conocen, se corta la cadena, no los pueden delatar.

ETCHEVESTE: Lemmes, eso lo habrás visto en el cine. ¿En serio creés que pueda ser probable eso? ¿Ustedes se subirían a un helicóptero medio pelo con cuatro desconocidos armados hasta los dientes y con mucha plata?

O'KENNEY: Plata no había.

ETCHEVESTE: Es mi hipótesis.

BLENGINNI: Seguí.

ETCHEVESTE: En mi historia había. Después algo falló. En cualquier caso, si no hay guita la idea se sostiene igual: ¿te subirías a ese aparato con cuatro tipos armados, con mucha bronca y bastante paranoicos porque les salió el tiro por la culata? Gente jugada, con pocas pulgas. Ese helicóptero era una catramina. Si no recuerdo mal, en un momento se dijo que se vinieron a pique por una pelea entre ellos.

BLENGINNI: Oíme, Pepé, ¿cómo justificás que armaran una movida tan grande y le pifiaran en lo más básico? Que no

supieran que el banco abría una vez por semana y no los martes.

ETCHEVESTE: *Errare humanum est.*

LEMES: Hacete el leguleyo.

ETCHEVESTE: Reconozco que ese es el talón de Aquiles de esta historia. Tampoco sería la primera vez que un detalle complica todo. Para mí pueden haber cometido dos errores. Se equivocaron de día, no de pueblo. Dos, le erraron de lugar y el objetivo podría ser Trenel, por el nombre. Me resulta difícil, está en otra zona. Si me tengo que jugar por una opción, yo creo que nos venían a afanar a nosotros y se pasaron de largo. Y me concederán, aunque nos duela la comparación con nuestros vecinos, que estos pueblos son muy parecidos para el de afuera.

LEMES: ¿Por qué acá, tan olvidados del mundo?

ETCHEVESTE: Ese es uno de los motivos principales. Estamos lejos de ciudades grandes, pero cerca de varias provincias. Los policías de esas jurisdicciones no se iban a calentar mucho en buscar unos chorros que no los robaron a ellos. Y sabemos que la cana pampeana no es la gran cosa. Diferente es meterse con un kiosquito de la bonaerense o en Córdoba. Si hubiesen rajado en auto, les reconozco que eran pinches; pero el helicóptero cambia todo. Los canas buscando por tierra, cerrando camineras, perdiendo el tiempo con las requisas, y los tipos desaparecen por arte de magia. Sorpresa, desconcierto. Para cuando se aviven, están guardados reparando la guita.

O'KENNEY: Puede ser.

ETCHEVESTE: Además, tenía que ser en una provincia con moneda de verdad, ya no quedan tantas con pesos. Pien-

sen: un lugar chico, sin canas casi; una Policía muy amateur, sin vicios; y una provincia sin lecops ni patacones.

BLENGINNI: Pero le erraron de día.

ETCHEVESTE: O de pueblo.

Al ladrón no lo pueden encarcelar. Los policías saben que es culpable, pero no pueden encerrarlo porque eso sería un escándalo y haría trascender el contenido de la carta. Tampoco lo pueden eliminar porque no saben si actúa solo. La existencia de un cómplice es un riesgo, una posibilidad que no deben descartar. Si algo le sucediera al ministro, podría asustarse y contarle todo.

Algo huele mal

O'KENNEY: Está claro que Pepé corre con ventajas.

ETCHEVESTE: ¿Por qué?

O'KENNEY: Porque sostenés la hipótesis oficial. La que armó la cana y repiten los periodistas. Encima sospecho que tenés un contacto con la causa.

ETCHEVESTE: Ya les dije que no la leí. Sé lo mismo que ustedes. Lo juro.

O'KENNEY: Eso no, Pepé. Acá el único que tiene derecho a jurar soy yo.

BLENGINNI: Vamos, Lito, se hace tarde.

LEMMES: ¿Saben que la Amazona anda haciendo averiguaciones, preguntando acá y allá?

BLENGINNI: Escuché un rumor.

O'KENNEY: Es para la novela. No pasa nada.

LEMMES: ¿Tan seguro estás? Mirá que no es de confiar. Desde que pasó lo del hijo no es la misma.

O'KENNEY: Tranquilos, está bajo control.

ETCHEVESTE: ¿Si?

O'KENNEY: Uno de estos días les cuento el arreglo que tengo con el cartero. Ahora tengo una apuesta que ganar, presten atención. Quedan muchas dudas. Coincido con Pepé en que esos tipos son los autores materiales, aunque no comparto que sean el cerebro detrás del asunto. Pueden ser perejiles, no lo discuto, no interesa. Es más, que el piloto sea cómplice o no, en mi hipótesis, no cambia la ecuación. Lo mismo si son cinco o seis o más. Álvarez puede ser parte o haber sido engañado, como sostiene él.

LEMMES: ¿Quién es el cerebro en tu historia?

O'KENNEY: Cuánta ansiedad, Lemmes. Pensé que habíamos aprendido de Gonzani. Vamos por partes.

LEMMES: Hay cosas con las que no se juega, Lito.

O'KENNEY: Cierito. Lo que digo es que pongamos un poco de suspenso, de literatura.

BLENGINNI: Seguí.

O'KENNEY: Ya vamos a llegar a los autores, con suerte. Antes ocupémonos de lo más importante: la guita.

ETCHEVESTE: Al final no había.

O'KENNEY: En la versión oficial llegaba al otro día, ¿no?

ETCHEVESTE: Sí.

O'KENNEY: Yo creo que no es así. Es cierto que la plata para pagar los sueldos llegaba al día siguiente. Pero los chorros no iban a buscar eso.

LEMMES: ¿Qué buscaban entonces?

O'KENNEY: No descubro nada si les hablo del corralito. Cavallo acostó a muchos y en esta mesa nadie ignora que solo cayó la gilada, los políticos ya sabían.

ETCHEVESTE: ¿Vos también andás con la cantinela esa de que son la misma mierda, que se vayan todos?

LEMMES: Si se van, podés ser intendente, Lito.

ETCHEVESTE: Que no te vea con la cacerola tachín, tachín.

O'KENNEY: Muy gracias. Los políticos y empresarios de peso sabían hace rato la que se venía y hasta los más boludos se apuraron a mover los dólares. Pero la mayoría no tenía los medios y el tiempo para sacarlos del país de manera segura y sin dejar rastro. Sin ir muy lejos, acá el amigo Nesto nos dio una gran mano. ¿Me siguen?

BLENGINNI: Con suma atención.

O'KENNEY: En esta provincia nadie desconoce cómo recauda el PJ: obra pública, subsidios, fundaciones truchas y la mar en coche. Si les parece insuficiente, agreguen la Banda de los Pampeanos que acompañó a Menem y que dirigía el Pelado.

LEMMES: El Toto.

ETCHEVESTE: El Ruso.

BLENGINNI: El jefe era Miguelito.

O'KENNEY: Tenés razón, Nesto.

LEMMES: La levantaron en pala.

O'KENNEY: Te quedás corto. Soy ingeniero, conozco el paño.

LEMMES: No hace falta serlo para saber cómo funcionan las cajas negras de la política, Lito.

O'KENNEY: Cierto, pero te da más autoridad.

BLENGINNI: Un peso, un dólar. Ellos armaron la bomba.

O'KENNEY: Y ellos sabían cuándo iba a explotar.

BLENGINNI: ¿Y vos insinuás que la guita sucia que se afanaron y no usaron para comprar campos, departamentos, taxis, putas y un largo etcétera la guardaron en el pueblo?

O'KENNEY: Esos dólares y pesos los escondieron en el lugar indicado: un banco que no abre nunca, en el medio del desierto, lejos de la civilización.

LEMMES: Una hipótesis audaz.

O'KENNEY: Piénsenlo. Una provincia peronista, manejan todo hace décadas: la Policía, los jueces, el Banco de La Pampa. No pasa nada que no quiera Marín.

BLENGINNI: Verosímil.

O'KENNEY: Si nosotros que conocemos bien la zona no estábamos al tanto, la idea no fue mala.

LEMMES: El banco estaba cerrado.

O'KENNEY: Sí. Ya lo sabían. Eligieron un día antes para despistar. Para que todo el mundo creyera que fracasaron. Y para que no haya más canas.

LEMMES: Pero nunca entraron al banco.

O'KENNEY: Don Augusto.

ZALDÍVAR: ¿Otra ronda?

O'KENNEY: No, gracias. Usted que tiene sus años, ¿nunca oyó hablar de los túneles de Capdeville? Esos que usaba para escaparse de la policía.

ZALDÍVAR: Algo.

O'KENNEY: Tráigame uno bien cargado. ¿Tengo que recordarles que al Museo sí entraron?

LEMMES: No hace falta.

O'KENNEY: ¿Y que hay apenas unos metros entre uno y otro?

LEMMES: Tampoco.

BLENGINNI: Audaz, Lito. Tanto como los que se animaron a robarles a Marín y compañía. No imagino quién se metió con esa gente.

O'KENNEY: Es cierto. Podría excusarme de responder.

ETCHEVESTE: Pero...

O'KENNEY: Me gusta el pozo que se armó.

LEMMES: A ver con qué te venís.

O'KENNEY: Es fácil, ustedes saben porque estuvo mencionado. Tu amigo, Pepé.

ETCHEVESTE: ¿A vos te parece que el Turco se va a meter en un quilombo tan grande? Es peronista también y tiene negocios en esta provincia. Es un suicidio. El gordo será cuatrero, pero no ladrón.

O'KENNEY: Coincido en lo del suicidio, solo si se avivan que fue él. Además, terminó muy mal con Menem. Y está el piloto. Oíme, Pepé: lealtad es una palabra hermosa, pero, a la hora de los bifés, todos sabemos que la única verdad es la realidad.

El sentido común enseña que para esconder algo, lo que sea, hay que ocultarlo. El ministro sabe que los investigadores se manejan con esta premisa. Por lo tanto, esta opción, obvia, queda descartada. Entiende que la única solución, para evitar que la policía encuentre la carta robada, es colocarla ante sus ojos, como una vaca en la pampa. Decide, entonces, dejarla a la vista de todos para que nadie la vea.

Lobo suelto

O'KENNEY: Te oímos, Nesto.

BLENGINNI: Voy a retomar parte de tu historia, si me permitís.

O'KENNEY: Faltaba más.

BLENGINNI: Acá Lito desperdició un dato que es una picardía no aprovechar.

ETCHEVESTE: La plata sucia del PJ.

BLENGINNI: No.

LEMMES: Samid.

BLENGINNI: No.

O'KENNEY: Tu amigo.

LEMMES: ¿Perico?

BLENGINNI: Quién otro conoce bien la zona, la gente, sus movimientos. Quién es el experto en inteligencia y dio cátedra en Centroamérica. Quién se ha cansado de robar, extorsionar y secuestrar peces gordos. Quién tiene los contactos necesarios. Quién puede infiltrarse y conseguir esa información. Quién otro está tan sucio que ya nada le importa. Quién tiene la mitad de esos antecedentes. ¿Quién?

ETCHEVESTE: Vargas.

O'KENNEY: Chichón.

BLENGINNI: El Chacal.

LEMMES: Hijo de puta.

BLENGINNI: Ya sabemos de qué es capaz Perico; vos mejor que nadie.

LEMMES: Hace rato que no anda por acá. Desde el problemita que tuvimos con el Rambo ese que mató a la mujer y se atrincheró en la casa.

ETCHEVESTE: "¡Que lo maten! ¡Que lo maten!".

O'KENNEY: No es gracioso, Pepé.

ETCHEVESTE: Decíselo a los 500 vecinos que se lo gritaban al GEO mientras tomaban mate en la vereda de enfrente.

BLENGINNI: Hizo bien en borrarse por un tiempo.

LEMMES: ¿Entonces qué tiene que ver Perico en tu hipótesis?

BLENGINNI: Simple. Perico ha hecho plata. Y no laburando. Robo, extorsión, secuestro... No tiene nada a su nombre, ni los campos que nosotros sabemos. Todo en negro, escondido con testaferros.

LEMMES: Cuál sería la novedad, Nesto.

BLENGINNI: Además de propiedades, debe tener efectivo. En algún lado lo tendrá que haber escondido, ¿no?

O'KENNEY: Creo que te sigo.

BLENGINNI: Un tipo criado en la zona, que conoce.

LEMMES: ¿Vos creés que tenía guita escondida en el banco y nosotros no sabíamos nada?

BLENGINNI: Yo no. ¿Vos?

LEMMES: Nesto, que Perico me diera una mano de vez en cuando no significa más que eso, apenas un peón, un alfil como mucho, un incentivo para cobrar alguna deuda. No sabía que meabas agua bendita.

BLENGINNI: Y no me parece que el banco haya sido el objetivo. Yo también creo que lo usaron de señuelo, para despistar. No sería raro que esos dos que agarraron sean los únicos perejiles en esta historia.

O'KENNEY: Me pregunto quién será tan suicida como para meterse con Perico.

BLENGINNI: Esa es la parte más fácil de explicar.

ETCHEVESTE: No parece.

BLENGINNI: Sí, Pepé. ¿Querés hacer la lista de la gente a la que le cagó la vida? ¿Por dónde querés empezar? Tiene enemigos por todas partes. Hasta sus compañeros de armas lo desprecian. No lo quiere nadie.

O'KENNEY: Es verdad.

BLENGINNI: Son demasiados sospechosos. ¿Cómo haría para averiguarlo?

LEMMES: Por los que agarraron, esos dos.

BLENGINNI: Esos son perejiles, no saben nada. No podrían cantar ni la marchita peronista.

Es una maniobra osada, inverosímil, que pone al descubierto nuestra manera de pensar, de movernos en el mundo: vemos lo conocido, lo que estamos acostumbrados a mirar. Creemos que todo sigue una serie causal, que una acción se anuda con otra. Por eso, cuando algo se sale de ese patrón, no lo notamos aunque lo tengamos enfrente.

Dónde está el piloto

LEMMES: Tenía razón Lito.

O'KENNEY: ¿Me das por ganada la apuesta?

LEMMES: Ya quisieras. Decía que es verdad que los últimos corremos con desventaja.

ETCHEVESTE: Peor es empezar.

LEMMES: No, cada vez quedan menos hipótesis potables.

BLENGINNI: Lo sorteamos, Lemmes. No llores. ¿Tenés historia o no?

LEMMES: Tranquilos. Un poco de suspenso.

O'KENNEY: Literatura.

LEMMES: Gracias, Lito.

ETCHEVESTE: Lemmes, me parece que estás haciendo tiempo.

LEMMES: En mi historia, Pepé, la figura central es el piloto.

O'KENNEY: ¿Querés pensarlo mejor, che? Mirá que ese caballo es un crack.

LEMMES: ¿Tanta fe te tenés?

O'KENNEY: El piloto es un perejil; en el mejor de los casos, algo sospecharía.

LEMMES: Empecemos, mejor. En primer lugar, los dos que agarraron no dijeron nada. Los policías no aportaron mucho, tampoco podrían haberlo hecho porque les reventaron la cara enseguida. Nunca entendieron lo que estaba pasando.

O'KENNEY: Cagazo.

LEMMES: Cagazo, dolor, sangre, shock. Tiros por todos lados y cada tanto un culatazo en la cabeza. Como testigos no sirven. Para mí, qué quieren que les diga, no llegaron ni a verles la cara.

ETCHEVESTE: En la ronda los reconocieron.

LEMMES: No tenían opción. Un papelón se comen, dos...

BLENGINNI: ¿Y el piloto?

LEMMES: El tipo ese, Álvarez, conocía la zona. Hacía vuelos de instrucción, traía los aprendices. Había laburado con Samid, conocía bien la provincia.

O'KENNEY: Concedido.

BLENGINNI: Oíme, Lemmes, ¿no le queda grande este asunto?

LEMMES: Tenés razón.

BLENGINNI: ¿Entonces?

LEMMES: Entonces vio la oportunidad. Está podrido de hacer changas. Conoce gente por su trabajo. Si no leímos mal, causas judiciales tuvo. Juntó unos tipos y los mandó. Y como es un perejil no sabía que el banco estaría cerrado.

O'KENNEY: ¿Y el resto del raid delictivo?

LEMMES: Les vendieron un laburo fácil. Llegan y el banco es una tumba. No entienden nada, se desesperan. Se acuerdan de la familia del piloto, lo putean en colores. Tal vez se conocen, tal vez no. Se ponen paranoicos, sospechan entre sí. Ven el Museo ahí enfrente, ni lo piensan. Se mandan y hacen el segundo papelón del día. Están desorientados, se enojan, tiran al boleo. Muy desprolijo. Salen disparando. Piensan lo peor, pero no, ahí arriba asoma el aparato, suben al helicóptero y escapan.

O'KENNEY: No sé.

LEMMES: ¿No te convence?

O'KENNEY: Yo la veo difícil. Además, cómo explicás que se vengan abajo si el piloto estaba atrás de todo.

LEMMES: Yo creo que hubo una pelea dentro de la nave.

ETCHEVESTE: ¿Tan pelotudos pueden ser?

LEMMES: Pensalo. No se conocen, les venden un trabajo fácil y sale para el carajo. ¿Cómo imaginan la situación?

BLENGINNI: Un polvorín.

LEMMES: Por lo menos. Además, recuerden que se habló de un bolso que se perdió.

ETCHEVESTE: Sí.

LEMMES: No sabemos qué había ahí. Dicen que armas, nadie asegura nada. Cuando suben al helicóptero, el bolso está. El piloto dice que hay que parar a buscar combustible. Lo hace en La Lonja. Y siguen viaje. ¿Y si alguno se da cuenta que el bolso ya no está? ¿O que lo cambiaron?

O'KENNEY: Se arma.

LEMMES: Todos sospechando del resto. Se debe haber puesto fulero ahí arriba, en ese helicóptero medio pelo.

“La carta robada” es un mecanismo sobre lógica. Enseña, primero, a desconfiar de lo evidente. En segundo lugar, a ponerse en la cabeza del otro. Por último, a que vean lo que uno quiere.

Los túneles de Capdeville

LEMMES: Oiga, Zaldívar...

ZALDÍVAR: Diga, Doctor.

LEMMES: ¿Falta mucho?

ZALDÍVAR: Está saliendo.

O'KENNEY: Ahora solo falta ponernos de acuerdo en quién ganó.

ZALDÍVAR: ¿Me permiten?

BLENGINNI: Faltaba más, Capitán.

ZALDÍVAR: Acá tienen la picada.

ETCHEVESTE: Gracias.

ZALDÍVAR: ...

LEMMES: ¿Necesita algo?

ZALDÍVAR: Espero no lo tomen a mal...

BLENGINNI: ¿Hace cuánto nos conocemos, Capitán? Hable de una buena vez, quiere.

ZALDÍVAR: Me parece que están olvidando una posibilidad.

LEMMES: ¿Qué carajo dice, Zaldívar?

ZALDÍVAR: Dejen, no me hagan caso. Zonceras de viejo, nomás. ¿Necesitan otra cosa?

BLENGINNI: Sí. Arrime esa silla y siéntese.

LEMMES: Nesto.

BLENGINNI: Me interesa lo que tiene para contar acá el amigo.

LEMMES: ¿Sabe cuáles son las reglas, no?

ZALDÍVAR: Claro, Doctor.

O'KENNEY: Disculpe que sea guarango, don Augusto.

¿Tiene para apostar?

ZALDÍVAR: El rancho de mi madre.

LEMES: Esa tapera no vale nada, Zaldívar.

ZALDÍVAR: Perdona, Doctor, usted apostó un caballo, un buen ejemplar; nadie me va a negar que conozco del tema. Pero si lo pierde, se compra otro más rápido todavía.

ETCHEVESTE: Vaya al punto.

ZALDÍVAR: Yo no tengo nada más que esa tapera levantada por mi madre. Digan ustedes si no vale nada.

O'KENNEY: Por mí está adentro.

BLEGINNI: No se discute más. Lo escuchamos con atención, Capitán.

ZALDÍVAR: Vamos a empezar por la Colonia. Nadie ignora que Capdeville tuvo poder y plata y capital.

LEMES: ¿No se pegó un tiro porque estaba quebrado?

ZALDÍVAR: Dicen. El hombre no era zonzo, pisaba fuerte en la zona y siempre estaba dos pasos adelante que el resto. Miren lo que hizo en Mendoza. ¿De quién fue la idea de los Nihuales, saben?

O'KENNEY: Así que no le alcanzó con hundir al pueblo, ¿también nos quería robar el agua? Quería arruinar todo el oeste, el hijo de puta.

ZALDÍVAR: No se olviden que nunca dejó de reclamar estas tierras.

ETCHEVESTE: Así lo corrieron, por ambicioso.

ZALDÍVAR: Usted lo dijo. Capdeville invertía en tierras, bonos, minas. Y eso de los túneles no es un mito. Tenía varios, dos o tres. Alguno hasta 300 metros de largo y con el tamaño justo para disparar de parado. Hasta luz tenían. No eran solo para escapar en las narices de los policías cuando venían a buscarlo. Esa era la excusa que dejó correr; la verdad es que los túneles siempre tuvieron otro fin: esconder cosas de valor.

O'KENNEY: ¿Por ejemplo?

ZALDÍVAR: No solo su fortuna. Con la guerra se fueron los franceses, pero pensaban volver. Llevaron lo necesario. ¿A quién le iban a dejar los objetos valiosos? Al fundador, al que los había convencido de venir a la otra punta del mundo, al que tenía un banco. La mayoría no volvió, pero reclamó su parte. Por eso lo quebró, para quedarse con todo.

BLENGINNI: Siga.

ZALDÍVAR: ¿Dónde creen que iba a esconder toda esa plata y joyas y títulos de propiedad? Es mucho para mover sin levantar la perdiz.

O'KENNEY: Excepto si lo baja.

ZALDÍVAR: Así es. Solo tuvo que bajar al túnel las cosas de valor. Y las que no lo tenían, ahí siguen, donde las dejó. Con el tiempo se volvieron piezas de museo.

BLENGINNI: Esos tipos no podían saber tanto.

ZALDÍVAR: Como han dicho ustedes, esos son nadie. Alguien los contrató. Capaz era uno de los cinco, yo no creo.

ETCHEVESTE: Plata no había o no servía ya.

O'KENNEY: En ochenta años hemos cambiado varias veces de moneda.

ZALDÍVAR: No me lo recuerde, Lito. Pero habría joyas, papeles y quién sabe qué más.

BLENGINNI: Entonces, sabemos qué fueron a buscar y a dónde, pero no quiénes.

ETCHEVESTE: No puede haber muchos candidatos.

LEMMES: ¿Tiene uno, Zaldívar?

ZALDÍVAR: Sí. Su amigo.

LEMMES: ¿Perico? No confunda, no es amigo.

ZALDÍVAR: Como usted diga, Doctor. Pero ese está atrás de todo.

BLENGINNI: ¿Por?

ZALDÍVAR: Es de la zona, conocía la leyenda de los túneles. Tiene olfato para la plata fácil. Un Di Dio, un tío del Pollito, trabajó años en el Museo y el sobrino andaba siempre por ahí.

LEMMES: ¿Y?

ZALDÍVAR: Y nadie desconoce que el Perico era bueno en sacar información. ¿Sigo?

BLENGINNI: No hace falta.

O'KENNEY: ¿Por qué esperó tanto tiempo?

ZALDÍVAR: No sé. Capaz que al principio creyó que eran cuentos. Después los negocios le dieron la espalda y recorrió el dato. Habrá averiguado un poco, no era tan difícil. Y como dijo acá don Ernesto, armar una banda para Vergez es un trámite.

LEMMES: Dígame, Zaldívar. ¿Usted que sabe tanto, de Capdeville y los túneles, no estaba de franco ese martes?

Un pueblo, dos bancos y varios ladrones. Golpes, gritos, amenazas. Tiros, corridas. Es simple, es obvio: un asalto, un robo. ¿Es simple? ¿Es obvio?

literarias

El secreto es, por definición, lo que se elide y que alguien sustrae a la trama, es algo que no se sabe pero que actúa permanentemente en la historia.

Teoría de la prosa

RICARDO PIGLIA

Nene

Hubo un asalto acá en el Museo. Nadie entiende qué pasó. Entraron a los gritos, parecían enojados, miraban desesperados pidiendo plata. Eso decían a cada rato: dónde está la plata. No paraban de gritar y de mover las armas como si de verdad quisieran usarlas. Carmen, una vecina que entró a vender unas rifas, quedó paralizada. Después nos encerraron en el baño, no nos hicieron nada. Un susto nomás. No es que quiera dárme las de valiente, no con esto, pero fue muy raro, sentía que eso no podía estar pasando, que era una farsa. No sé, algo en los gestos, en la cara de los tipos me dio una sensación rara, como en esas películas que dan los sábados a la tarde, donde los malos exageran tanto que no convencen.

¿Sería por eso que estaba calmada cuando me revisó el médico? Es extraño cómo reaccionamos. El doctor dijo que era normal, que cada persona responde de distinta manera a las experiencias traumáticas: la mayoría no para de llorar, como si les agarrara un ataque de histeria; otros se quedan duros, como la vecina; unos pocos, que no soportan la situación, niegan los hechos, ni los registran. Eso ya lo había escuchado antes, la negación.

Fue muy rápido; cuando entendí lo que pasaba, ya se habían ido. Solamente me da rabia lo que rompieron. Lo único que vale la pena en este pueblo, además del viejo Zaldívar, son los recuerdos guardados en el Museo. Me gustan porque no cambian, nada de

lo que pase va a cambiarlos. Lástima que pueden romperse, como lo hicieron esos animales.

No te imaginás el quilombo que es esto, no reconocerías el pueblo, te lo juro. Está lleno de gente. Molesta escucharlos hablar de lo mismo, pero le da vida. Hay caras nuevas, movimiento, la gente está más charlatana, cada uno tiene su versión, todos opinan. Bueno, no es ninguna novedad, acá siempre creen saber qué pasó y te dicen cómo tenés que comportarte. Ya empezaron los chismes, la mala leche. Lo que más le gusta a esta gente es andar señalando con el dedo, buscando culpables. La policía está desconcertada, no pueden creer que haya pasado en un lugar tan chico.

Carmen y yo somos celebridades. A mí no se me acercan mucho, vos ya sabés por qué; los periodistas nomás, aunque no les doy bola porque tengo miedo de hablar y meter la pata. Al resto lo sacaría a patadas. Tienen curiosidad y envidia porque justamente yo viví una aventura que no se va a repetir nunca.

Hablando de aventuras, con este lío me volvieron las ganas de escribir sobre el pueblo, una historia de tiros en el desierto, policías y ladrones, estancieros y abogados, hombres poderosos que controlan todo desde las sombras, nunca pasa nada sin que ellos lo sepan. Eso me gustaría escribir: una historia donde los hombres más respetados son los más peligrosos.

Te cambio un poco de tema. ¿A qué no adivinás quién vino al pueblo? ¿Te acordás cuando fuimos al Parque Luro? Había un parrillero simpático, decía que era policía. Era difícil saber cuándo hablaba en serio o en joda. ¿Lo ubicás? Petiso, el pelo como una peluca de los Playmobil. Nos dio una mano bárbara con el auto. Trabajaba para esa familia encargada del quincho, esos que se la pasaban discutiendo. Bueno, la cosa es que mandaron un par

de pintores a arreglar los destrozos que hicieron los ladrones. No sabés la sorpresa que se llevó cuando entró al Museo a pedir agua para el mate. Él se quedó duro, como si hubiera visto un fantasma. Fue tan gracioso, parado con el termo, la boca abierta y el flequillo como unos limpiavidrios de auto, de acá para allá. Me contó que volvió a las changas de la pintura, que lo de policía no era para él. No sé para qué te cuento esto; no importa, contándote pavadas se me hace que estamos juntos, como antes.

Te extraño.

Mamá

10:00

Eran las diez en punto de la mañana, el sol en todo su esplendor, intenso, una leve brisa y la habitual paz pueblerina, cuando un Ford Orion, con cinco personas arriba, dobló cinematográficamente por Capdeville, arteria central y escenario de la vida política y social del pueblo. “Serían las diez de la mañana”, aseguró Ramón Salcedo. La certeza del vecino reside en que, en el instante en que la trompa bordó ganó la calle del fundador, él trataba de apagar la alarma del reloj que una de sus nietas, Raquel, le regaló la pasada Navidad y que suena a cada hora. Algo de fastidio había en su voz y otro poco de la añoranza de tiempos más calmos, en que los relojes eran a cuerda, no hacían ruido y los autos con desconocidos no doblaban cinematográficamente la calle más importante del pueblo.

El auto frenó de golpe y tres sujetos de unos treinta, treinta y cinco años, según la mayoría de los testimonios, encararon decididos la casa de María Perata, quien justo en ese momento recibía una citación de manos de Sandro Echavarría, uno de los dos policías que había en el pueblo esa mañana soleada de marzo. Al volante quedó un hombre mayor que el resto, especulan algunas voces, pero no pueden asegurar cuánto porque “las canas engañan, llevaba lentes oscuros y mantenía la cabeza baja”. Atrás, ajeno a lo que estaba por suceder, el quinto hombre, la cabeza apoyada en el vidrio, miraba cómo el agua iba llenando los canteros de la vereda.

Nene

Estos días me di cuenta que tantos años escribiendo cartas fueron un buen ejercicio. Pensé que me iba a costar horrores comenzar con el proyecto; avanzo más de lo que esperaba. Son solo apuntes, borradores. Te mando una copia. Acá no tengo con quién hablarlo, tal vez con Lito, pero no creo que funcione. Por eso te pido que leas con atención, no quiero escribir 500 páginas y que después me digan que es basura. No lo soportaría.

El otro día lo agarré desprevenido y no supo mentir. Pobre Aimar, me sentí tan culpable, no quería hacerlo sufrir. Habrá pensado que metió la pata, que se quedaría sin trabajo o que le iban a hacer un sumario. Lo tranquilicé, le expliqué que yo también era medio paria acá, que no se lo iba a contar a nadie y al final me creyó. Me explicó que él no nació para policía, que hasta ahora venía zafando, trabajo de oficina y asados para los jefes. Pero necesitaban gente con experiencia y que no tuviera pinta de cana. Pintores hay a montones, si con esta crisis el sueldo no les alcanza para nada, pero los vende la cara. Es increíble, no sé qué pasa, tienen algo en los ojos, en la manera en que se paran. Te das cuenta enseguida cuando un tipo es milico. Con las mujeres es más difícil, aunque te das cuenta igual. El pelo tal vez. O el aire sobrador, de superioridad. O esa manera que tienen de chuparle las medias a los tipos de plata, qué sé yo. La cuestión es que la

pinta de Aimar será cualquier cosa menos de policía. Le propuse que se quede en casa y se haga una changa dándole una mano de pintura, está un poco dejada, como la dueña. ¿Te molesta si se queda en tu pieza? Quiero ver la cara de esas viejas chismosas cuando se enteren.

Te extraño mucho.

Mamá

10:01

“¿Dónde está tu compañero?”, escuchó o creyó escuchar Echavarría porque, apenas se dio vuelta para tratar de asociar esa voz extraña con una cara conocida, se encontró con un puño que le dio de lleno en la oreja y retumbó en su cabeza, como seguiría retumbando el resto del día. María Perata, mientras el policía caía desarticulado, se metió en su casa sin saber cómo. Antes de cerrar la puerta, volvió a escuchar la pregunta, ahora acompañada de un insulto y una queja. Mientras dos de los hombres se ocupaban del policía, otro, más joven, con la sonrisa de quien cumple un viejo anhelo, le sacó el arma reglamentaria y reventó de una patada la puerta de Perata, que corrió despavorida, sin salir aún del asombro y pensando que eso no podía estar pasando, como no podían ser ciertos los disparos que sonaban por toda la casa, como sonó la voz, tajante: “¿Para qué mierda hiciste eso, pendejo?”. Lo mismo pensó Echavarría, mareado, la nariz rota, deseando que eso no estuviera pasando, mientras los papeles que un minuto antes le molestaban en las manos sudorosas ahora flotaban como nenúfares en un charco que no paraba de crecer.

Nene

Ya empecé a ver las caras que me sé de memoria. Debo ser el blanco de los chismes. Son de manual, una vez que tienen varios chivos expiatorios para elegir, agarran lo más conocido. Es más fácil, además son muy rencorosos. Vos sabés que a mí esto me entretiene, volver a ser la protagonista de una novela. Lástima que siempre en el papel de la mala. A vos te puedo contar que a veces hasta exagero un poco y me hago la loquita, les sigo la corriente, vieras las caras que ponen.

Tuve un sueño raro. Me levanté angustiada, todavía tengo un nudo en la garganta. Es como si ya lo hubiera vivido antes. Iba a la despensa, era temprano, vos dormías. Te juro que no tardé más de lo necesario. ¿A qué me iba a quedar? ¿A charlar con esas chismosas? Cuando volví y te fui a despertar con el desayuno, no reaccionabas. Por suerte un vecino nos llevó hasta la casa del médico y te reanimó. No te puedo contar el alivio que sentí. Nunca había tenido un sueño tan real. Pero eso no era lo peor. La pesadilla recién empezaba: las vecinas, tu maestra, hasta Zaldívar, todos me daban el pésame y me acompañaban en el sentimiento. Era para volverse loca. No había manera de que entendieran que había sido solo un susto. Parecía uno de esos cuentos donde no se sabe qué es la realidad y qué el sueño. Me llevó tiempo darme

cuanta cuál era la verdad. Es media mañana y todavía tengo la piel de gallina.

Tengo ganas de verte.

Mamá

Casi me olvido, por momentos me costó entenderte la letra. ¿Estabas apurado o te pasa algo?

10:03

El Ford Orion recorrió los doscientos metros que separan la casa de María Perata de la comisaría. Al llegar, se bajaron dos hombres y encararon decididos la puerta vidriada. La velocidad de los pasos, lo preciso de los movimientos, sugerían una actuación minuciosamente ensayada. Eso lo percibió Sandro Echavarría mientras era arrastrado, un par de metros atrás, por el ñato que lo había golpeado con calculada violencia. Pese al dolor, esperaba que los golpes fuesen superficiales, que en un par de días solo fueran un mal recuerdo. No debe haber esperado lo mismo el cabo Juan Carlos Méndez, que estaba comiendo una de esas magdalenas secas y arenosas, a pesar de haberla empapado en un té insípido, cuando vio entrar dos hombres armados que se le venían encima gritando: “¿Dónde están las armas?”. Eran las diez y tres minutos de la mañana cuando Méndez, la nariz rota, la boca partida por un culatazo, sin poder controlar las lágrimas, le dio el llavero de cuero al hombre flaco, que le sacó la 9 mm de la cartuchera y se la pasó al compañero: un arma en cada mano, una estampa de otro tiempo, del Lejano Oeste.

En ese instante vio entrar al sargento Echavarría, y Méndez se sintió salvado.

Hasta que le vio la cara, hinchada y sangrando, como esos boxeadores que apenas se sostienen en el ring, esperando el golpe definitivo que termine con todo de una buena vez. Sosteniéndolo de un brazo, otro desconocido lo arrastró hasta una silla que apareció a su lado. El cabo volvió a mirar la cara magullada de su compañero y, recién

entonces, reparó en el dolor de su boca. Cerró los ojos, movió la lengua, despacio, concentrado, y sintió que algunos dientes estaban flojos. Cuando volvió a abrirlos, se encontró con un gesto de asco en la cara del ñato que trajo a Echavarría. Entonces apareció el flaco con una ametralladora y las dos pistolas de reserva. Al pasar al lado de Echavarría, el hombre tiró el llavero sobre la mesa. Le gustó ese gesto. Como si el ladrón, en realidad, estuviera pidiendo disculpas por las molestias causadas.

El fugaz sentimiento de satisfacción se extinguió cuando, sin decir palabra, los arrearón a la pieza del fondo, el depósito donde encerraban a los que se pasaban de copas y se ponían pendencieros en el boliche o a los pocos ladrones de ganado que cada tanto aparecían por la zona para romper la monotonía. “Esto no puede estar pasando”, pensó Méndez cuando los tres hombres ganaban la vereda. No sabe, declaró más tarde, si lo pensó o lo dijo en voz alta, porque en ese momento Echavarría, como confirmando, como si lo tradujese, repitió: “No, no puede estar pasando”.

Nene

Le insistí tanto que al final Aimar me contó para qué lo mandaron. Fue muy raro el asalto, y los jefes están desconcertados, no pueden creer que los ladrones hayan tenido semejante logística y no supieran que el banco estaba cerrado. Parece que no quieren meter la pata, es un caso que tuvo repercusión nacional. Por eso lo mandaron a parar la oreja y anotar lo que se comenta en el pueblo y en Victorica, hasta las hipótesis más disparatadas. Le dijeron que cualquier cosa puede servir.

Le entusiasmó la idea de quedarse en casa. Está parando en el Marcelito y tiene que hacer dedo todos los días, nadie sabe que es policía. Tarda mucho para que lo levanten, dice, porque es tan petiso que recién lo ven cuando le pasan por el costado y ya no frenan. Me matan esas salidas que tiene. Nunca pensé que me iba a caer bien un policía. Es buena gente. El otro día me preguntó por qué había tantos juguetes y muñequitos. A veces me parece que tiene la cabeza en otra parte. Te va a parecer un delirio, pero la charla con Aimar me hizo pensar en la novela. No le dije que estoy escribiendo sobre el pueblo, no creo que le interese. Ahora se me ocurrió una variante, juntar el tiroteo a Capdeville con el que tuvimos acá estos días. Estoy barajando ideas, una posibilidad puede ser el fundador, es el hilo conductor hasta hoy. Hombre poderoso, pujante, creativo, pero a la vez misterioso, resistido. Hay varios mitos a su alrededor. Hay

que encontrar la conexión. Tal vez el Museo, que fue su banco y lo quisieron robar.

Cuanto más lo pienso, más me doy cuenta que no puedo evitar meterme con los secretos del pueblo. Esos que no se pueden nombrar, las muertes dudosas, los exilios a causa del miedo, los negocios sucios que todos ven y nadie se atreve a cuestionar, las canalladas cotidianas, las agachadas. Unos pocos, para no explotar o enloquecer, los repiten bajito, como un mantra. Es estúpido, pero funciona. Acá, eso, lo sabemos todos. Se ve en la manera en que se nombran ciertos apellidos; en el modo en que todos se callan cuando ellos entran al municipio o al banco, justamente. O cómo tienen su mesa y nadie se anima siquiera a mirarla. Pasan los años y los apellidos quedan. Por eso en esta historia todo será aparente. Hay verdades que no se pueden decir de frente. Eso ya lo aprendí. Hay que disfrazarlas de chismes o mentiras o locura. Hay que hacerlas literatura. Entender es volver a narrar.

Te extraño cada día más, no lo olvides.

Mamá

10:05

Cuando salieron de la comisaría, el hombre flaco se acercó al Ford, cruzó unas palabras que nadie escuchó y les dejó las pistolas al chofer y al tipo de atrás, que permanecía impassible. Ametralladora en mano, se encaminó resuelto a la sede del Banco de La Pampa. Testigos de los hechos aseguran que el chofer, pese a su rol en esta trama, era el jefe de la banda. Cuando se les preguntó en qué se basaban para afirmarlo, dijeron, simplemente, “que hablaba poco y ninguno de los otros se movía sin mirarlo antes”. Además, “era el más viejo y los tipos con más experiencia siempre son los que mandan”.

El corto y pesado trote, unos cien metros desde la comisaría hasta la sede del banco, lo dejó agitado y fue suficiente para que el flaco recordara los reclamos de su madre. El otro, más joven, más sano, ya había pateado dos veces la puerta del edificio cuando llegó el hombre delgado, jadeante, al mismo tiempo que el Ford con sus compañeros.

No fue necesario que el chofer preguntara nada, una mirada furiosa y el flaco y el pibe, entre puteadas, le indicaron al resto que el banco estaba cerrado. Después, adivinando lo que venía, el chofer se llevó las manos a los oídos en el preciso instante en que sus cómplices comenzaban a disparar una nutrida balacera contra las paredes del edificio. Acaso por ahorrar balas o porque en ese momento algo llamó su atención, los hombres dejaron de tirar y con la cabeza hicieron un gesto a sus compañeros señalando un edificio frente al banco, en cruz, y hacia allá dirigieron sus pasos.

Nene

La novela se va ramificando demasiado, parece un laberinto. A mí eso por ahora no me preocupa, estoy embalada y no quiero escribir con el freno de mano puesto. Ya habrá tiempo para pulir y sacar lo que no sirva. Por ahora anoto lo que se me ocurre. Es un rompecabezas cada vez más complicado, pero no me asusta; estoy pensando en un lector atento, desconfiado, que descrea de las hipótesis, de los personajes, en especial del narrador. El libro se va convirtiendo en una historia donde todos sospechan del vecino, aunque se conozcan de siempre, como sucede acá en el pueblo.

No olvido que estás preocupado por el tono que tomaron los personajes, que te asusta que incluya gente poderosa y oscura, en especial al célebremente cruel. Es literatura, solo un libro. No creo que eso sea peligroso. ¿Qué puede pasarme? ¿Que el FEP no lo quiera publicar? No, en serio, casi todo es pura ficción, solo delirios y divagues de tu madre, que te quiere y te extraña.

Te mando apuntes con algunas de las ideas que recolectó Aimar (y yo me creía que era la que tenía imaginación). Me reí un montón, espero que vos también. Al final, la realidad siempre supera a la ficción.

Tengo tantas ganas de verte.

Mamá

Aimar me sugirió que le cambie el color a la pieza, dice que es un poco infantil. ¿Qué te parece?

10:06

“Acá no hay plata, esto es un museo”, murmuró Mirta G., la empleada, aquella mañana —el sol en todo su esplendor, intenso— del martes 5 de marzo de 2002 cuando, cinco o seis minutos después de las diez, tres hombres armados entraron, rompiendo la habitual paz pueblerina, en el antiguo Banco de Crédito Rural y con gritos perentorios exigieron saber dónde estaba la plata. Ni ella ni Carmen, la vecina con quien se encontraba tomando unos mates, sabían a qué plata se referían. No lo sabían y no lo preguntaron. La confusión y el miedo las habían paralizado. A los ladrones no les costó llevarlas hacia el fondo del edificio, donde funcionan los baños, un depósito con productos de limpieza y un cuartito con un anafe para calentar el agua. “Ustedes busquen que acá tiene que estar”, dijo Mirta que le escuchó decir al hombre impassible que les cerraba la puerta en la cara al tiempo que las miraba fijo a los ojos. En ese momento, Carmen arrancó a llorar como una criatura recién nacida.

Mirta, declararía horas después, no tuvo ánimos para contenerla porque estaba concentrada tratando de descifrar los ruidos que venían del otro lado de la puerta. “No tiene sentido. Están haciendo mierda todo”, se lamentó. De pronto, sintieron una estampida, pasos agitados, puteadas y gritos. Se tiraron al suelo en el instante en que empezaron a escuchar la balacera con que los tipos acribillaron la fachada del Museo. No sabría decir cuánto duró el asalto, tal vez el tiempo que le llevó pensar en Alfonso Capdeville, el fundador del pueblo, que había creado el

Banco de Crédito Rural en 1910 y lo había fundido al poco tiempo. La leyenda contaba que fue corrido de Victorica a balazos. Doscientas balas se dispararon aquella tarde del sábado 28 de enero de 1899. Mirta G. quiso sonreír por la ironía del destino, pero solo pensó que eso no podía estar pasando, como no había pasado lo del hijo.

Nene

¿Te diste cuenta que nunca te pregunto cómo estás vos? Intuición de madre, supongo. Una ve al hijo y enseguida sabe qué le pasa; si anda bien, si está sufriendo por alguien o porque discutió fiero con un amigo. Hace tanto que no te veo que ya no puedo adivinar cómo estás.

Estuve preguntando por abí, buscando información para la novela. En el Museo hay bastante, pero es la versión oficial. Así que visité gente mayor, los pocos viejos que quedan nacidos en las primeras décadas. Les encanta hablar de la infancia, del pueblo en sus años de esplendor. Creo que conseguí unos datos que pueden servir.

Cuando me advertiste que no me metiera con esa gente, me pareció una exageración, la verdad. ¿Qué daño podía hacer una novelita? ¿Cómo iban a saber lo que estoy escribiendo? Al principio no presté atención, mucho movimiento, gente nueva. Hace días siento que me siguen. Nunca vi a nadie, aunque esa sensación de sentirte observada no puede ser mentira. A veces me doy vuelta de golpe en la calle y me parece ver una sombra que se aleja. Me quedo quieta, sin reacción. Creo que ya sabía lo que pasaba y prefería hacerme la tonta, no sería la primera vez. Hay días que suena el teléfono y cuando atiendo no habla nadie, pero se oye que respiran. O entra gente desconocida al Museo, dicen que están de paso, que quieren

ver el “banco imposible de robar” y se quedan un rato larguísimo dando vueltas entre las vitrinas y los objetos. Algunas personas, en la calle o cuando las encuentro en la despensa, me advierten que tenga cuidado. Aimar cree que estoy paranoica, que no pasa nada, que me quede tranquila, que él es policía, que me protege. No sé. Ya no sé qué pensar.

Ando muy nerviosa, siento que no puedo confiar en nadie acá. Lito, por suerte, está borrado. No sé cómo decirle a Aimar que se vuelva al Marcelito (todavía no entiendo qué carajo estaba pensando al meter un cana en casa). Hasta a Zaldívar lo veo extraño. No soporto más esta situación. Me hacés falta. A veces te siento tan lejos, me agarra una sensación rara, como si te hubiese perdido. El otro día no podía recordar el color de tus ojos.

Ojalá pudieras volver.

Mamá

No confío ni en el correo. No te puedo decir por qué. No te lo dije antes porque pensé que eran delirios míos.

10:09

Según algunos testigos, los hombres tenían unos bultos en los brazos, pero no se ponen de acuerdo en la cantidad, el color ni la forma. El hombre flaco y el ñato salieron del Museo y dispararon a los curiosos apostados en las ventanas del municipio. El tercer hombre en salir, impasible, ajeno a la balacera, los gritos y las corridas, volvió al asiento trasero del Ford, a su lugar.

“Esto no puede estar pasando”, repetiría durante todo el día Julio Fontán, un estanciero de la zona que permanecía en su camioneta leyendo noticias aburridas mientras su empleado tramitaba unas guías de hacienda en la municipalidad. Los primeros disparos lo sacaron de su mundo tranquilo y bucólico, como lo sacaron de la Isuzu y lo metieron en el Orion, mientras otros dos se subían a la camioneta. “Querían que les diga cómo salir del pueblo”, declaró horas después, todavía asustado. “Fue muy confuso. Una vez que llegamos al monolito, discutieron entre ellos hacia dónde seguir. Parecían desorientados y le tiraban la bronca a uno que apenas se defendía. Ahí fue cuando se acordaron de mí. Buscaban el Camino de Poitahué. Cruzaron unas palabras y me hicieron bajar. Cuando ya se iban, el más joven sacó la mano por la ventanilla y me tiroteó cerca de las patas. Cerré los ojos. Cuando los abrí, solo se veía una polvareda. Recién ahí me di cuenta que me equivoqué por los nervios y los mandé a un camino sin salida”.

Nene

Hace rato que no tengo noticias tuyas. No quiero entrar en pánico. Aimar me dice que son imaginaciones mías, que no pasa nada. Pero él no te conoce, no sabe que vos no sos así, que sos distinto, especial. No tengo ánimos para explicarle cómo sos en realidad. No podría soportar que te haya pasado algo por culpa del Caso Télén. Creo que me volvería loca.

Mamá

9 de julio, año de la pandemia

FUENTES

La Arena

La Reforma

El Diario de La Pampa

Clarín

La Nación

Página 12

Memoria Activa

El blog Síntesis, de Luis Roldán.

El blog Pájaro Rojo, de Juan Salinas y Montserrat Mestre.

Caudillos, municipios y comités, de Norberto Asquini.

Arando en el desierto, de Ana María Lassalle y Andrea Lluch.

La historia de la carne, de José Alberto Samid.

Yo fui Vargas. El antiterrorismo por dentro, de Héctor Vergez.

Héctor Vergez: confesiones de un capitán indecente, de Waldo Cebrero.

Testimonios que pidieron permanecer anónimos.

Epílogo

La mitad del arte de la narración consiste
en liberar alguna historia de explicaciones al
reproducirlas.

Pequeñas joyas

WALTER BENJAMIN

Notables lectores, los invito a que sigan leyendo este apartado. No lo hago con la pretensión de convencerlos de ningún entusiasmo que no sea el que ustedes le imprimieron a su lectura. He organizado la mía de *Caso Télén* (CT de ahora en adelante) a partir del análisis de una serie de elementos paratextuales o paratextos; se trata de enunciados que acompañan al texto principal y le ofrecen al lector indicios, información y hasta supuestos anticipos.

El *epílogo* es una especie de umbral entre texto y contexto. Es opcional y muchos afirman que puede clausurar un sentido posible. Sin embargo, mi intención no es cerrar sino desplegar algunas ideas para visitar el texto y transitar otras hipótesis de lectura.

Hay epílogos de autores, de críticos y de editores. El mío es el de una admiradora de estos jóvenes escritores, Repetto y Bompadre, a quienes conocí en 2002, como estudiantes en la carrera de Letras de la Universidad Nacional de La Pampa.

El principio está en otro lado

En el final de la historia, encuentro el inicio de mi comentario sobre CT. Nos enteramos que su narradora es M.G., una voz femenina. Este dato, en el universo de los Notables, no está referido desde un principio. Tal vez ustedes hayan detectado algunos indicios. Mis conjeturas se dan cuando la mujer le escribe a su hijo. Es en una carta, uno de los géneros discursivos intercalados en la enunciación narrativa, en la que se confiesa como narradora y el sitio en el que se perfila una poética, un ideario narrativo.

De allí, subrayo algunas cuestiones:

- Una intención: la construcción de un rompecabezas a modo de laberinto; anotaciones de ocurrencias que luego serán retrabajadas:

La novela se va ramificando demasiado, parece un laberinto. A mí eso por ahora no me preocupa, estoy embalada y no quiero escribir con el freno de mano puesto. Ya habrá tiempo para pulir y sacar lo que no sirva. Por ahora anoto lo que se me ocurre. Es un rompecabezas cada vez más complicado, pero no me asusta.

- Búsqueda de un determinado lector:

... estoy pensando en un lector atento, desconfiado, que descrea de las hipótesis, de los personajes, en especial del narrador. El libro se va convirtiendo en una historia donde todos sospechan del vecino, aunque se conozcan de siempre, como sucede acá en el pueblo.

- Construcción de los personajes:

No olvido que estás preocupado por el tono que tomaron los personajes, que te asusta que incluya gente poderosa y oscura, en especial al célebremente cruel.

- Definiciones más teóricas:

Es literatura, solo un libro. No creo que eso sea peligroso.

No, en serio, casi todo es pura ficción, solo delirios y divagues de tu madre, que te quiere y te extraña.

Al final la realidad siempre supera a la ficción.

Así aparecen, en una interesante convivencia, conceptos como los de literatura, realidad, ficción, con la expresiones “delirios y divagues” en tanto expresiones que constituyen lugares comunes, es decir, una serie de ideas cristalizadas que circulan con valor de verdad.

Paratextos y genealogías

En la tapa, el hecho de que el nombre de sus autores esté sin respetar el orden alfabético convencional, le otorga a la edición una impronta atractiva. De igual modo, el playmobil que metaforiza a los protagonistas del robo.

La inclusión de “caso” en el *título* ubica al texto en una línea filiatoria con casos policiales y con otros textos de la literatura argentina. Me refiero a la escritura de no-ficción iniciada, entre otros textos, en 1957 con *Operación Masa-*

cre, del escritor argentino Rodolfo Walsh. En una síntesis peligrosa, se podría decir que el género –para algunos de naturaleza testimonial– alude al relato de hechos reales a través de procedimientos literarios. Además, el *Caso Satanowsky*, del mismo autor, se vincula con nuestro texto porque ambos, con diferencias ostensibles, reconsideran el relevo de hechos delictivos a un acontecimiento con un gran eco social.

La *dedicatoria* es otro paratexto. El crítico francés Roland Barthes, en *Fragments de un discurso amoroso*, la define como “Episodio del lenguaje que acompaña todo regalo amoroso, real o proyectado, y, más generalmente, todo gesto, efectivo o interior, por el cual el sujeto dedica alguna cosa al ser amado”. Esos seres “amados” son Reda y Balbo, más allá de saber quiénes son, me interesa subrayar que aluden a dos elementos que organizan el relato: la literatura y los datos. En el final de CT, cuando se mencionan diferentes diarios y blogs, nos enteramos cuáles fueron las fuentes usadas para narrar la historia.

Con respecto a la literatura, en esta oportunidad se vincula con un paratexto no tan usual como lo es la *advertencia*. Este aviso o prevención discursiva instala otra idea fuerte en el mundo lector y muy relevante en los debates teórico-literarios: el concepto de ficción. A su vez, se enlaza con una noción clave: “Entender es volver a narrar. M.G.” y con una definición posible del género policial como “forma de conocimiento”.

En el derrotero textual, están los *epígrafes* (el diccionario aclara que son frases o citas al comienzo de un escrito o capítulo que sugieren su contenido o expresan la idea o

pensamiento que los han inspirado). En esta ocasión, los epígrafes organizan una genealogía entre escritores. La circulación de sus nombres puede tener varios objetivos. Por ejemplo, rendirles homenaje porque han tenido peso al momento de escribir esta historia y legitimar la autoría propia:

Juan Carlos Onetti en *Para una tumba sin nombre*:

Todos nosotros, los notables, los que tenemos derecho a jugar al póker en el Club Progreso y a dibujar iniciales con entumecida vanidad al pie de las cuentas por copas o comidas en el Plaza. Todos nosotros sabemos cómo es un entierro en Santa María. Algunos fuimos, en su oportunidad, el mejor amigo de la familia; se nos ofreció el privilegio de ver la cosa desde un principio y, además, el privilegio de iniciarla.

Henry James en *Hawthorne*:

Se necesita mucha historia para producir un poco de literatura.

Ricardo Piglia en *Teoría de la prosa*:

El secreto es, por definición, lo que se elide y que alguien sustrae a la trama, es algo que no se sabe pero que actúa permanentemente en la historia.

Este linaje también nos interesa para subrayar la figura de Ricardo Piglia, escritor y crítico argentino, y su planteo acerca del concepto de “secreto” vinculado con el de género. Por eso, la novela –CT en este caso– es un tipo de relato en el que lo que importa es la existencia del secreto en sí, lo no narrado. Entonces, existe un espacio vacío, algo

que no se conoce en el interior de la narración. No importa tanto el contenido de ese secreto sino su forma.

El hecho de haber armado una genealogía, arbitraria, a partir de citas de diversos autores, tiene como intención que, si a Ud. le interesa, Notable lectxr, visite bibliotecas, pida prestado, robe o compre libros que le permitan repensar algunas certezas que ellos seguro le provocarán.

A dos o a cuatro manos

Desde la tapa de la novela, se conocen las identidades de sus autores. Lo que no sabemos es quién escribió cada uno de los apartados con sellos tan singulares. Esta elección escrituraria tiene antecedentes literarios entre los que están, a nivel nacional, los textos de Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, quienes bajo el seudónimo de Honorio Bustos Domecq publicaron una saga de textos policiales, protagonizados por Isidro Parodi. A nivel latinoamericano, en una reterritorialización del género, otro antecedente es *Muertos incómodos (falta lo que falta)*, novela policial de factura conjunta entre el escritor mexicano Paco Ignacio Taibo II y el subcomandante Marcos, uno de los líderes del Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Texto que conjuga tanto intertextualidad como sumatoria de subjetividades.

De un modo muy general, según las variantes clásicas del policial, podemos afirmar que las producciones de Bustos Domecq pertenecen al *clásico o de enigma* mientras que el de Marcos y Taibo es un texto del policial *negro*, que presenta una mirada crítica de la realidad. Debo declarar que los afanes taxonómicos suelen encorsetar los textos

para incluirlos en una u otra clasificación, pero permiten entender que en este género hay una amplia factura de posibilidades.

En el policial de enigma, con la supremacía de la racionalidad o pasos lógicos, cuando el delito es resuelto provoca una situación tranquilizadora en la sociedad porque se ha castigado al delincuente. En contraposición, en la otra forma, o no se llega a la verdad o no se produce justicia. Queda en sus manos, lector, pensar qué se puede decir de CT.

Las partes dialogadas del texto remiten a uno de los autores fundacionales de la novela negra, Ernest Hemingway y su cuento “Los asesinos” (1927), en el que predomina el recurso del diálogo como modo de contar la historia con el borrado casi completo de la voz narrativa. En conexión con este cuento, y a modo de ejemplo, en la primera parte leemos 13 apartados organizados a través de conversaciones coloquiales entre los presuntos ladrones que viajan en auto desde Luján, en la provincia de Buenos Aires, hasta Telén, en La Pampa. Estas 13 entradas, que constituyen el recorrido geográfico a realizar por el grupo delictivo, se cierra con la pregunta “¿Ya llegamos?” único enunciado del apartado *Victorica*.

Seguimos leyendo

La estructura del CT también guarda vinculación con la organizada por *Operación Masacre*. En efecto, la novela de Walsh está dividida en tres partes: Las personas, Los hechos y La evidencia. El *índice* en el texto de Repetto y Bompadre tiene cuatro.

A través de *personajes*, el lector conoce el origen y las características de quienes son fundamentales para el desarrollo de la historia. La segmentación del apartado, con la mención del nombre y apellido de los personajes, deja que el lector conozca las cuestiones contextuales de lugar y época. Son diez los protagonistas más los “chorros”, el piloto y los Notables. Estos colocan en la escena literaria al escritor uruguayo Juan Carlos Onetti y, con él, el eco de sus tipos literarios y de los escenarios de sus relatos. En nuestra lectura, los Notables son cuatro o cinco personajes del pueblo y tienen en común que no ocupan cargos públicos pero por ellos pasan las decisiones. No se sabe cómo se accede a esa mesa, sin embargo no llegan a ella los advenedizos.

En *hechos*, el relato tiene, por un lado, directivas para los ladrones. En el registro propio de un instructivo de 13 pasos se les comunica qué deben hacer y se le anticipa al lector cuestiones propias del futuro robo. Además, en el último, se avisa que entre ellos hay un buchón. El tema de la traición, tópico urgente en la literatura, autoriza un enlace posible del relato con otras producciones literarias.

Por otro, a través de una datación precisa de fechas y días de la semana, leemos los comentarios de cómo aparecen las noticias en los diarios locales. Allí se habla de la inoperancia policial, versiones de testigos, referencias a políticos locales y nacionales, y antecedentes de robos similares, entre otros.

Asimismo, cada lector encontrará huellas de otras voces; a modo de ejemplo, se dice que “La Pampa es un viejo mar”. Sin duda, saben que es una canción de peso en el

imaginario pampeano. La cantaba Alberto Cortez, y es de autoría conjunta con Ricardo Nervi.

Se filtran también menciones de color de índole nacional: el papel del periodista Enrique Sdrech, paradigmático voce-ro de casos policiales por televisión. Y la figura del helicóp-tero, que trae al imaginario popular al expresidente Fernan-do de la Rúa y el accidente de Carlos Menem Jr., entre otros.

En *hipótesis*, el epígrafe sigue enlazando la genealogía con obras y autores literarios. En esta ocasión, se trata de una cita de la novela *Kincón*, del escritor argentino Miguel Briante. En coincidencia con él, nuestros dos autores, Re-petto y Bompadre, cuentan una historia que no se conoce por completo y narran más los “efectos de los hechos” que escenas y detalles.

En *literarias*, el epígrafe, como dijimos, relaciona la transgresión ligada al secreto por fuera de la Ley y el orden social. Así, el texto configura a sus lectores como cómplices de una conjura secreta.

Con el afán de provocar lecturas cortazarianas, se puede quebrar el orden lineal de CT y leer primero los instructi-vos para los ladrones o las anotaciones a modo de diario, los pasos numerados y la información del robo anotado minuto a minuto.

Las cartas finales, decisivas para la historia, parece que homenajearan a Manuel Puig, precursor contemporáneo de la inclusión de la forma epistolar como modalidad nar-rativa. Son las cartas las que confirman que nuestra nar-radora es una pretendida voz femenina. No hay indicios ciertos acerca de la figura ausente de su hijo. Y hasta se puede sospechar acerca de su participación en el robo.

En este sentido, a lo largo de CT se propicia una lectura recursiva por la que el lector puede releer algunos apartados, volver sobre ellos y dejar otros para reforzar sus hipótesis de lectura.

En cuanto a la voz narradora, hay intención de borrar los registros más canónicos y, en ese sentido, se muestra algún indicio de una primera persona y convicciones de una voz narradora que sabe todo. Esta ambigüedad buscada se refuerza con la inclusión de diversos géneros discursivos, según señalamos.

Los *agradecimientos* finales para quienes han leído el original con lectura “atenta y sincera” se unen a la dedicatoria inicial en tanto son trazos íntimos singulares.

La *contratapa* del libro confirma la función del secreto. En ella, hay referencias explícitas a dos historias: una oficial y otra que debe desentrañarse. Como lectores, entendemos que lo que se muestra “superfluo” en una de ellas, es fundamental en la segunda. Toda una tesis pigliana sobre el cuento que esta novela visibiliza sin intenciones académicas.

Por último, el *Caso Telén* refunda el policial en el espacio del ámbito provincial. El género, en tanto “juego silencioso de los cautos”, nos deja leer no solo el estado de las cosas sino un “estado de imaginación”, es decir, cómo una comunidad se imagina a sí misma. Y, además, de qué manera se articulan las relaciones entre delito, ley, verdad y justicia.

Estimadxs Notables, si resistieron esta lectura, podrán seguir discutiendo acerca de otras historias en un lugar de La Pampa de cuyo nombre ya no creo acordarme.

Marta Urtasun

AGRADECIMIENTOS

A Marta Urtasun, Lautaro Bentivegna, Fernando González Correa, Bruno Mondino, Daniel Pellegrino, Eugenio Conchez y Daniela Melchor, por la lectura atenta, sincera.

Al personal del Archivo Histórico Provincial Prof. Fernando E. Aráoz.

A Juani, por su don Augusto Zaldívar.

A Rodrigo Pérez, por las fotos.

A quienes aportaron datos sobre el Caso Telén.

ÍNDICE

personajes.....	17
hechos.....	71
hipótesis.....	123
literarias.....	159
<i>Epílogo</i>	187

Ediciones de Voces

Rodolfo Casamiquela
Toponimia indígena de La Pampa (2005)

Primer Certamen Literario
La Vieja Usina (2008)

Norbesto Asquini y Juan Carlos Pumilla
El Informe 14 (2008)

Segundo Certamen Literario
La Vieja Usina II (2009)

Martín Santa Juliana
Amanecer bardino / CD (2009)

Ana Silvia Galán
Edgar Morisoli, poeta del Sur (2010)

Ana Carmen Gentile
Fotos viejas / CD (2010)

Luis Gesualdi
Huella del tiempo nuevo / CD (2010)

Tercer Certamen Literario
La Vieja Usina III (2011)

Jorge Etchenique
**Pampa Libre. Anarquistas
en la pampa argentina** (2011)

Norberto Asquini
Días de odio (2011)

Juan Carlos Martínez
La apropiadora (2011)

Guillermo Herzel
Historias personales (2012)

Marcela Eijo y Federico Camiletti
Agua de todos / CD (2012)

Ricardo Nervi
Sonetangos estrambóticos (2012)

Paulino Ortellado
Travesía / CD (2013)

Guillermo Herzel y Alberto Acosta
Canto Continente / CD (2013)

José Luis Navarro
Viaje por el Salado (2013)

María Herminia Di Liscia
Mujeres que dicen y hacen (2014)

Edgar Morisoli
**El mito en armas o
Anunciación de Castelli Inca** (2014)

Walter Cazenave
Once aguas. Relatos y poemas (1^{era} ed. 2015)

Anamaría Mayol
En los gestos de la noche (2015)

Coral Médanos y Luna
Entre bardas, médanos y luna / CD (2015)

Hernán Basso
Rompecabezas / CD (2016)

Félix Domínguez Alcaraz
Poemas, relatos y canciones (2016)

Paula Rivero y Edgar Morisoli
**El Regreso del Juntasueños
o las Seis Noches de la Soñadora** (2017)

Vero y los Jornaleros
Chasqui de los colores / CD (2017)

Hebe Monges
Los dioses inmortales (2017)

Club Mesmer
Umbral / CD (2017)

Ana María Lassalle
Las bebés clandestinas (2018)

Banda Sinfónica de La Pampa
Cinema / CD (2018)

Viviana Dal Santo
Eco de mi voz / CD (2018)

Gabriel Raíz
Pequeños rituales / CD (2018)

Juan Carlos Corso
Un viejo mar / CD (2018)

Edgar Morisoli
Un territorio inabarcable - Poesía leída / CD (2019)

Laura Paturllanne
Mariposas / CD (2019)

Miguel de la Cruz
Papá en Ciudad Rodrigo (2019)

Walter Cazenave
Once aguas. Relatos y poemas (2^{da} ed. 2019)

Raúl Isidoro D'Atri
Militante de ilusiones (2019)

Josefina Bravo
Ojos mutantes (2020)

Zohar
Inspiración / CD (2020)

Este libro se terminó de imprimir en
xxxxxxxxxxxxxx,
en diciembre de 2020

